



Félix Lope de Vega

El nacimiento de Cristo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Félix Lope de Vega

El nacimiento de Cristo

Personas del primer acto

LA SIERPE.
LA GRACIA.
LA SOBERBIA.
LA ENVIDIA.
LA HERMOSURA.
EL PRÍNCIPE.
ADÁN, REY.
GABRIEL.
EVA, REINA.
EL EMPERADOR SUPREMO.
LA INOCENCIA.

Acto Primero

Salga la SIERPE con alas de dragón, cabellos largos, y sobre ellos una cabeza de culebra, y la SOBERBIA con él y la HERMOSURA.

SIERPE. Soberbia, mi eterno amigo,
y tú, mi amada Hermosura,
que caísteis por castigo
de aquella divina altura
precipitadas conmigo:
vivo en mi opinión tan firme,
que a un primero movimiento
no tengo de arrepentirme;
porque al arrepentimiento
no puede Dios persuadirme.
Verdad es que no lo intenta;
pero, cuando lo intentara,

fuera mi obediencia exenta,
y le dijera en su cara
que era arrepentirme afrenta.

De ser opuestos los dos
a tal grandeza me animo,
que en mi tormento con vos,
ser vuestra cabeza estimo
más que ser los pies de Dios.
Sabed que Dios...

SOBERBIA. Si comienzas
por Dios, Serpiente feroz,
gran mal hay.

HERMOSURA. No me convenzas
con algún suceso atroz;
que haré víboras mis trenzas.

¿Con Dios vuelven pesadumbres?
Y ¿a dónde puedes caer?
Ni a aquellas celestes cumbres
eternamente volver,
por más que tu cuello encumbres.

¿Qué te quiere Dios a ti?
SIERPE. El Emperador supremo,
que temo y que no temí,
(si puede decir que temo,
y que hay penas para mí),
a dos Reyes que ha criado,
el cetro del inundo ha dado,
y en aqueste Paraíso
palacio formarles quiso,
más verde al fin que dorado.

La casa que les ha puesto
es por notable excelencia,
y, para decirlo presto,
de la Gracia y la Inocencia
está su alcázar compuesto.

Y anduvo tan liberal,
que todo cuanto ha criado
comen con licencia igual;
solamente ha reservado
el árbol del bien y el mal.

Mas en esta, concesión
tengo fundado su daño.

SOBERBIA. ¿Cómo?

SIERPE. Escucha la invención.

HERMOSURA. Si es de tu ingenio el engaño,
los Reyes esclavos son.

SIERPE. ¿Dios no les puso precepto?

SOBERBIA. Sí puso.

SIERPE. Pues en quebrarle,
¿no queda el hombre sujeto
a su desgracia?

HERMOSURA. Y es darle
enojo a Dios, en efecto,
y si castigado el tuyo
también por inobediencia,
no liará menos por el suyo.

SIERPE. Esto quiere diligencia.

SOBERBIA. Della tu remedio arguyo.

SIERPE. ¡Envidia!

Sale ENVIDIA con un corazón en las manos, ceñida la cabeza de culebras.

ENVIDIA. Ya estoy aquí;
que bien sabes que no puedo
faltar un punto de ti.

SIERPE. Envidia, perdido quedo.

ENVIDIA. ¿Es por estos Reyes?

SIERPE. Sí.

ENVIDIA. Hermosos los ha criado
el Emperador.

SIERPE. Yo he sido
cedro hermoso levantado,
yo fui aurora y sol vestido
de luz, y estoy eclipsado.
Mira qué conchas tan fieras,
y pise con mil diamantes
las celestiales vidrieras.

ENVIDIA. Sé quién fuiste.

SIERPE. No te espantes
si igual a mi ejemplo esperas.
¿Ves este árbol?

ENVIDIA. Bien le veo.

SIERPE. Pues encantarlos deseo
con una manzana de él.

ENVIDIA. ¿Y qué han de perder por él?

SIERPE. El reino que ya poseo.

ENVIDIA. ¿Luego ya le cuentas tuyo?

SIERPE. Claro está.

HERMOSURA. Quedo, que vienen.

SOBERBIA. ¡Brava corte!

SIERPE. Todo es suyo.

ENVIDIA. Divina hermosura tienen.

SIERPE. A la gracia contribuyo.

ENVIDIA. ¡Que estos ganen lo que pierdes!

HERMOSURA. Lo perdido no lo acuerdes.

SIERPE. Déjame tú hacer a mí.

ENVIDIA. Escóndete.

SIERPE. ¿A dónde?

ENVIDIA. Aquí,
entre estos árboles verdes.

Salen el rey ADÁN y la reina EVA, con música y vengan con ellos la INOCENCIA,
vestida de Villano, y la GRACIA, de blanco.

ADÁN. Aquí, Reina, en esta alfombra
de hierba y flores te asienta.

INOCENCIA. Eso, a la fe, me contenta:

Reina, señora, la nombra.

GRACIA. ¿Pues no ves que es su mujer,
carne de su carne y hueso
de sus huesos?

INOCENCIA. Y aun por eso,
porque es como ser su ser,
lindos requiebros se dicen.

GRACIA. Dos en una carne son.

INOCENCIA. Dure mil años la unión,
y en esta paz se eternicen.

GRACIA. Por la Reina dejaría
el Rey a su padre y madre.

INOCENCIA. Ninguno nació con padre;
poco en dejarlos haría.

Y a la fe, señor Adán,
que, aunque de gracia bizarro,
que los príncipes del barro
notable pena me dan.

Bravo artificio tenía
vuestro soberano dueño
cuando un mundo, aunque pequeño,
hizo de barro en un día.

GRACIA. Quien los dos mundos mayores
pudo hacer con su palabra,
¿qué mucho que rompa y abra
en la tierra estas labores?

¿No ves las lámparas bellas
que de los cielos colgó?

INOCENCIA. Como de flores sembró
la tierra, el cielo de estrellas.

GRACIA. Mira cómo va poniendo
nombres Adán a las aves,
que con sus picos suaves
van el nombre agradeciendo.

Echen a volar muchas aves diferentes, y vaya diciendo ADÁN:

ADÁN. Águila aquella se nombre,
estos ánades, aquellos
cisnes.

EVA. ¡Qué pájaros bellos!

ADÁN. Sea neblíes su nombre.

Esta paloma, aquel sea
cuervo.

INOCENCIA. ¿No os parece a vos,
gracia, que, con la de Dios,
la nieve parece fea?

ADÁN. Este se llama faisán,
y esos pardos, avestruces.

EVA. Si a número los reduces,
casi infinitos serán.

ADÁN. Este se llama pavón.

INOCENCIA. De estos, muchos mal nacidos,
viéndose en alto subidos,
hurtarán la condición.

Mas no encubrirán los pies
con las plumas esmaltadas.

GRACIA. Inocencia, no me agradas,
porque eso malicia es.

Va saliendo la SIERPE.

SIERPE. Es porque estoy aquí yo,
que le doy principios ya.

ADÁN. Aquella, perdiz será.

INOCENCIA. ¿Quieres que la alcance?

GRACIA. No.

INOCENCIA. Pues yo pienso que ha de ser
para comerla mejor.

ADÁN. Aquel será ruiñeñor.

INOCENCIA. No le queráis parecer;
que aunque soy señor del mundo,
seréis ruin si soy ingrato.

SIERPE. Ya mi malicia dilato,
ya mis pensamientos fundo.

ADÁN. Aquel feroz animal
sea león, perro aquel.

INOCENCIA. Y de la envidia cruel
mordiendo imagen igual.

ADÁN. Aquel será jabalí,
aquel conejo, aquel oso.

INOCENCIA. Ya brama el mar espacioso;
¡qué de peces hay allí!
ADÁN. Focas, delfines, ballenas,
congrios, rayas y zafiros.
INOCENCIA. ¿Y estas que andan por los ríos?
ADÁN. Truchas.
INOCENCIA. Frescas serán buenas.
ADÁN. Pero cantad, que después
proseguiré lo demás.
INOCENCIA. Oye estas voces; dirás
que cielo armónico es.

Aquí canten los músicos y les hagan una danza y baile por estas diferencias.

Música. El mayor señor del mundo,
rey de cuanto Dios formó,
con su amada esposa vino
en el estado mejor.

Acompaña a la Inocencia
la Gracia cine Dios le dio;
tiernos requiebros le dice
el día que se casó.

Bien haya quien hizo cadenicadas, cadenas,
bien haya quien hizo cadenas de amor.
y responden las aves que vuelan
por el aire de dos en dos, de dos en dos:
vivan los casados, para en uno son.

ADÁN se duerme al son de la música, y dice durmiendo:

ADÁN. Divinos son tus secretos:
¡qué es esto que viendo estoy'
¿Tú, como hombre, Dios mío,
mi carne tomas, Señor?
¿Tu deidad juntas conmigo,
Dios humanado, y Dios yo?
Dios baja al suelo a ser hombre,
y el hombre sube a ser Dios.

La música prosigue y el baile.

Música. Bien haya quien hizo cadenicadas, cadenas,
bien haya quien hizo cadenas de amor.
Y responden las aves que vuelan
por el aire de dos en dos:
vivan los casados, para en uno son.

La SIERPE llega a la INOCENCIA y dice:

SIERPE. ¡Ah del jardín!

INOCENCIA. ¿Quién va allá?

SIERPE. Yo soy, Inocencia amiga.

INOCENCIA. Si el nombre acaso os fatiga,
¿Adán no os le puso ya?

SIERPE. Nombre tengo, y aun primero
que el rey Adán fui criado.

INOCENCIA. ¿Primero? Estáis engañado.

SIERPE. ¿No veis que soy el lucero
que al lado del sol salió,

y su corona quería
igualar al mismo día
que teda la luz perdió?

INOCENCIA. Yo pensaba que los Reyes
eran antiguos aquí.

SIERPE. A Dios denantes oí
no se qué divinas leyes
que me han parecido mal.

INOCENCIA. ¿Cosa que Dios hace?

SIERPE. Sí.

INOCENCIA. ¿Pues quién sois?

SIERPE. Quien tuvo en sí
valor para serle igual.

INOCENCIA. Vos sois el primer hereje
de cuantos habrá jamás,
y volved el paso atrás,
si queréis que vida os deje.

SIERPE. ¿Qué hace Adán?

INOCENCIA. Durmiendo está
con una costilla menos.

SIERPE. ¡Oh, qué casados tan buenos!

GRACIA. Entrándose adentro va.

INOCENCIA. No sé qué tiene de enguila,
y por eso se resbala.

SIERPE. Quiero ser su maestresala;
¡oh hermosura! ¡oh maravilla
del poder de Dios! ¡oh Madre
del mundo! ¡oh Eva!

EVA. ¿Quién es?

SIERPE. ¿No me ves?

GRACIA. ¡Qué feos pies!

SIERPE. Aquel soberano padre
de las lumbres cielo y tierra,
te hizo hermosa, y mostró
en el valor que te dio

el que tu poder encierra,
del costado que es la silla
del corazón de los dos.

INOCENCIA. Y no fue a costa de Dios.

GRACIA. ¿Pues de quién?

INOCENCIA. De su costilla.

SIERPE. El árbol que os ha mandado
no comer, es con temor
que no igualéis el valor
del mismo que os ha criado.

Que seréis Dioses como él;
sabréis tanto y podréis tanto...

INOCENCIA. ¡Mas que le doy con un canto!

SIERPE. El día que comáis de él.

A esto vengo, porque soy
de este jardín hortelano,
do él me puso de su mano
en la cabaña que estoy.

Toma, toma una manzana:
dala al Rey, que ya despierta.

EVA. No hay fruta en toda la huerta
más bella.

GRACIA. ¡Ay, Eva liviana!

Así le engañas ahora,
y el necio no te resiste,
mas de su espalda saliste,
por eso fuiste traidora.

EVA. Toma, comamos los dos
y seremos como Dios;
toma.

ADÁN. Comeré por ti.

SIERPE. ¡Oh envidia, qué bien se ha hecho!

Aquí los quiero encantar.

ENVIDIA. ¡Qué bien tendrán que llorar!

SIERPE. Hágales tan mal provecho

como a nosotros, el ser
inobedientes a Dios.

GRACIA. Despídome de los dos,
porque en llegando a ofender

a la Majestad divina,
quedasteis en su desgracia.

INOCENCIA. ¿Dónde vas, Gracia? ¡Oye, Gracia!

¡Qué presurosa caminal

SOBERBIA. Poneos vos a questo saco,

Inocencia, y sed Malicia,

INOCENCIA. Ello fue justa justicia:

esto de ofenderla saco.

HERMOSURA. ¿Viste a los Reyes también?

SOBERBIA. Ya los visto de villanos.

Póngales un capote pardo.

SIERPE. Ved qué Dioses soberanos.

ADÁN. Perdí por loco mi bien;

¿no ves que estamos desnudos,
y de la culpa vestidos?

EVA. ¡Ay! que quedamos perdidos,
y en lugar de sabios, rudos.

ADÁN. ¿Quién son aquestos que aquí
se burlan de nuestros daños?

SOBERBIA. Encantados por cien años.

SIERPE. ¿Qué dices? ¿estás en ti?

Más de cuatro mil serán
si a Dios enojado pinto
los que en este laberinto
encantados estarán.

Vaya, músicos, también
un baile para nosotros.

MÚSICOS. Vaya.

INOCENCIA. En tanto, vosotros
llorad el perdido bien.

ADÁN. ¡Ay Dios, que me han transformado
de inocente en pecador!

EVA. Tal era el encantador
y el veneno que me ha dado.

INOCENCIA. Malicia soy, no Inocencia.

SOBERBIA. Ea. pues, el baile vaya.

SIERPE. Vaya,

Ea pues, les damos baya,
del pecado penitencia.

Música. Estaba la blanca niña

a sombras de una alameda,

en un bello paraíso,

a quien cuatro fuentes riegan.

Mandóle Dios que de un árbol,

que del bien y el mal la ciencia

tenía dentro de sí,

no comiese en la floresta.

Necio fue Adán, necia fue Eva

vayan cautivos el Rey y la Reina.

La serpiente maliciosa,

con la Envidia y la Soberbia,

por la flaqueza del hombre

vencieron su fortaleza.

Perdieron los dos la gracia:

desde hoy encantados quedan:

enojado viene Dios:
gran castigo les espera.
Necio fue Adán, necia fue Eva,
vayan cautivos el Rey y la Reina.

Entre el EMPERADOR celestial.

EMPERADOR. ¿No dejé yo aquí dos Reyes?

¿Cómo cautivos están?

SIERPE. Guardaréis ahora, Adán,
lágrimas mejor que leyes.

ADÁN. Señor, estoy escondido
porque desnudo me veo.

EMPERADOR. ¿Quién te lo dijo?

ENVIDIA. Deseo
ver el castigo.

EMPERADOR. Haber sido
inobediente a mi ley,
tu desnudez te enseno.

ADÁN. Esta mujer me engañó.

SIERPE, ¡Buena disculpa de Rey!

EMPERADOR. ¿Por qué le engañaste, di?

EVA. Celestial Emperador,
este fiero encantador
me engañó primero a mí.

EMPERADOR. Desde hoy, serpiente vil, por lo que has hecho.
seras maldita, comerás la tierra
y por ella andarás sobre tu pecho,
tú y la mujer tendréis perpetua guerra;
mira con que valor su tierna planta.
de tu soberbia la ambición destierra.

Con chirimías se abre una nube y se ve a una Virgen con una corona de estrellas y a los pies un dragón.

SIERPE. ¿Quién eres, dime, generosa Infanta,
que no puedo sufrir la lumbre tuya
pues antes de la culpa fuiste santa?

SOBERBIA. Huye, serpiente vil.

SIERPE. ¿Qué importa que huya,
si en el profundo de mi ciego abismo
mi frente ha de alcanzar la planta suya?

SOBERBIA. ¿Quién te lo ha dicho?

SIERPE. Dios.

SOBERBIA. ¿El mismo?

SIERPE. El mismo.

Huyan, y diga ADÁN:

Ya que el Emperador de tierra y cielo
castiga nuestro loco barbarismo,
vamos, Reina, a llorar el desconsuelo
en que la culpa nos ha puesto.

EVA. Vamos,
perdido Rey; que me ha cubierto un hielo.

ADÁN. ¿No ves el Serafín entre los ramos
con espada de fuego?

EVA. Ya le veo;
guardas tiene la puerta, no volvamos.

ADÁN. Rey fui, labrador soy, morir deseo.

Canceles y una voz así:

El Rey y Reina del mundo,
llamados Eva y Adán,
cuán tristes que van saliendo
de aquel jardín celestial.

Encantólos la serpiente,
pero al fin los sanará
otra serpiente en un palo,
de carne, no de metal.

Ya labran la dura tierra,
y aunque eran Reyes, son ya
labradores, que en sudor
de su rostro comen pan.

Mas si viene vuestro Hijo,
Emperador celestial,
presto le dará la vida
con un bocado no más.

EMPERADOR. ¡Ay, hombre miserable,
que por tu culpa a tanta pena vienes,
culpa tan detestable,
que ya por ti ningún remedio tienes;
qué mal agradeciste
aquel dichoso estado en que te viste!

Rey del mundo te hice,
casa te puse de grandeza llena;
solo me satisfice
dándote aviso del castigo y pena
de que como sujeto
a mi imperio guardases un precepto.

Quebrástele engañado
de tu fácil esposa, inobediente
a mi Real mandado

por escuchar la voz de la serpiente,
que, con su dulce canto,
te ha desterrado a un mar de eterno llanto.

Ya el trabajo, la pena,
la enfermedad, la hambre, el aire y frío,
la tierra estéril, llena
de espinas, el rigor del seco estío
te cercan, y la muerte,
última línea de tu triste suerte.

Sale el PRÍNCIPE divino.

PRÍNCIPE. Poderoso Emperador
y mi soberano padre,
que de vuestro entendimiento
sapiéntísimo, admirable,
por la virtud de la esencia
existente me engendraste:
vos, increado Señor,
de quien soy divina imagen,
rayo, espejo y esplendor
de vuestra gloria inefable:
los Reyes que habéis criado
por el Dragón arrogante,
que de las luces del cielo
derribó la tercia parte,
encantados en la tierra
al pie de aquel árbol yacen,
donde los tiene la muerte
en su prisión miserable;
si os place, eterno Señor,
que yo a la tierra bajase
a probar esta aventura
en que a los dos desencante,
tan digna de un hijo vuestro,
pues una hazaña tan grande
solo puede hacerla un hijo
de tan soberano padre,
y satisfacer yo solo
a vuestra justicia; dadme
licencia, eterno Señor,
para que a la tierra baje
este ser divino mío
vestido de humana carne.
que yo os ofrezco mi vida
para que su muerte mate.
EMPERADOR. Mira, Príncipe divino,

que por un ingrato haces
hazaña tan amorosa.

PRÍNCIPE. El amor puede obligarme;
ya me aguardan en la tierra,
para servirme de nave,
de una soberana niña
las entrañas virginales;
ya, señor, las armas pido.

EMPERADOR. Tú las volverás en sangre
bañadas, tanto, que en verte
las luces del cielo espantes.
Por querer tanto a los Reyes
del mundo, aunque desleales
a mis divinos preceptos,
quiero a la tierra enviarte.
Bien tiene que agradecerme
en su estado miserable;
mi hijo les doy: no tengo
joya más rica que darles.
De tu persona y la mía
procede el amor que hace
estos lazos amorosos,
este que tan bueno y grande
por espiración emana
dos los dos, este suave
y santo espíritu, hará
obra tan alta e inefable.

Sale GABRIEL.

EMPERADOR. ¡Gabriel!

GABRIEL. ¡Señor!

EMPERADOR. Al momento

baja, esclareciendo el aire
con ejércitos de estrellas,
que tu persona acompañen
a Galilea, región
en cuyo distrito yace
la ciudad de Nazaret,
y darás de nuestra parte
a una Infanta que allí vive,
más bella y pura que un ángel,
desposada con José,
varón santo y venerable
de la casa de David,
nuevas de que luego parte
el Príncipe a sus entrañas,

donde quiere aposentarse
nuevo Mesías.

GABRIEL. Cielo y tierra
tu nombre divino alaben.

PRÍNCIPE. Yo parto en diciendo sí
aquella boca suave,
llena de gracia y dulzura.

EMPERADOR. Y Adán del encanto sale
en que la sierpe le puso.
pues para salvarle nace.

Acto segundo

Personas que hablan en él.

EL PECADO.

BATO.

LAURENCIO.

UN ÁNGEL.

PASCUAL.

UN MESONERO.

LA GRACIA.

SILVANA.

EL MUNDO.

JOSEF.

LA MUERTE.

LA VIRGEN.

LA SIERPE.

DELIA.

Sale la SIERPE.

SIERPE. No puede en competencia
entrar con mi poder el misino cielo
ni hacerme resistencia:

yo tengo el cetro universal del suelo:
toda la tierra es mía
de donde nace a donde muere el día.

Este León, que ha sido

símbolo siempre de Real grandeza,
muestra la que ha tenido,
y yo mi celestial naturaleza
en ser tan soberano
que no he sufrido imperio de hombre humano.

Por no dejar la planta
de aquella humanidad de Dios propuesta,
tuve soberbia tanta
y fue a mi entendimiento tan molesta
que aun la misma memoria
de ver que la perdí me causa gloria.

De allá truje conmigo
de las estrellas la tercera parte;
dicen que fue castigo
y de los que siguieron mi estandarte;
pero empresas tan bellas,
si no acaballas, basta acometellas.

Yo soy el solo sabio,
yo aquel querub, y plenitud de ciencia,
yo aquel de cuyo labio
pende toda celeste inteligencia,
porque nada ha perdido
quien no se vio jamás arrepentido.

Yo soy el cedro hermoso
a todos los del Líbano antepuesto,
que tengo al temeroso
linaje humano en mis prisiones puesto,
y a Dios tan parecido,
que tenemos el Reino dividido.

Sale el PECADO.

PECADO. Celebren mi victoria
el sucesivo curso de los años
con la eterna memoria
que ha de vivir de los primeros daños,
y de mi fama y nombre
en la posteridad del primer hombre.

Pecado mi apellido,
desobediencia soy, que a los preceptos
de Dios rebelde he sido;
todos están a mi valor sujetos,
porque en Adán pecaron
y el patrimonio mísero heredaron.

Cuando ambición de ciencia
me dio principio, grande fue mi gloria,
y cuando con violencia

di principio a la sangre y a la historia,
mi envidia fue de suerte,
que de mis armas se engendró la muerte.

Entró por mí en el mundo,
por mí que soy su causa, y ella efecto
de mi pecho iracundo,
que con mi libre voluntad sujeto
a mis propios agravios
Davides tantos, Salomones sabios.

Por mí cubrió la tierra
diluvio universal, hasta que puso
fin a la dura guerra
el arco hermoso cine la paz dispuso,
y el ave blanca altiva
que el pico de rubí ciñó de oliva.

Por mí tantas ciudades
fuego voraz sepulta, por mí solo
en tan largas edades
tantas historias hay de polo a polo,
que he vencido con ellas
los átomos del sol y las estrellas.

Sale la MUERTE.

MUERTE. A mi poder inmenso,
a mi nunca vencido señorío,
paga perpetuo censo
con el río a la mar, la fuente al río,
toda planta atrevida
que pise los umbrales de la vida.

Yo soy la muerte fiera,
y aquella fui que el edificio humano,
fábrica de quien era
autor el mismo Dios, con fuerte mano
derribé por el suelo
y su llama vital cubrí de hielo.

Mi valor ha podido
entrar con Dios en competencia osado,
que si él autor ha sido
del hombre, y de la nada le ha formado,
yo con mi fuerte pecho,
en nada vuelvo lo que Dios ha hecho.

Así traigo cautivo
al hombre miserable, así sujeto
a todo el sucesivo
linaje humano, y a ninguno excepto;
tanto, que si bajara

Dios a ser hombre, aún no le perdonara.

Guárdese Dios de serlo
como Abraham lo tiene prometido,
porque si acierta a verlo,
no diré yo que ha de quedar vencido,
pero será muy cierto
que en la parte mortal quedará muerto.

Tocan chirimías, y aparezca en lo alto la GRACIA divina.

GRACIA. ¿Qué blasonáis, villanos,
del Imperio del mundo reducido
a vuestras viles manos?

SIERPE. Cegado me has de luz.

PECADO. A mí rendido.

MUERTE. Con ser la Muerte, muero.

GRACIA. La Gracia soy.

PECADO. ¿Qué aguardo ya?

SIERPE. ¿Qué espero?

PECADO. Si la Gracia parece
de Dios al mundo, ¿qué he de hacer?

SIERPE. Pecado,
huye y desaparece.

PECADO. Si viene Dios, el Reino te ha quitado.

MUERTE. ¡Que el hombre se rescate!

SIERPE. Pues yo te digo, Muerte, que él lo mate.

Huyen.

GRACIA. En la más clara noche
que tuvo el lluvioso invierno,
mas no oscura ni cerrada,
porque está en la tierra el cielo;
cuando en los montes se miran
de Belén algunos fuegos
mostrándolos las tinieblas
más cerca mientras más lejos,
las vigilias de la noche
guardando en contornos de ellos,
cubiertos de blanca nieve
los pastores soñolientos;
mientras en altas ciudades
duerme el humano gobierno
porque el de Dios ha de estar
eternamente despierto;
mientras el pobre y el rico
duermen en bordados lechos,

el tino de estrellas claras
y el otro de oro y desvelos;
de la purísima Virgen
aquel esposo y espejo
que del Espíritu Santo
tuvo el oficio en el suelo,
a las puertas de las casas
está llamando y diciendo
palabras que piedras rompen
y no los humanos pechos.
Cielo, tierra, Angeles, hombres,
ya se acerca el santo tiempo
que quiere venir al mundo
aquel mayorazgo eterno.
Ya está en la nave María,
nave que trae desde lejos
aquel soberano pan
de cielo y tierra sustento.

Sale el MUNDO.

Albricias, Mundo.

MUNDO. ¿Quién eres?
¡Hola, tú! ¿Qué estás diciendo.
que viene Dios a la tierra?
GRACIA. La Gracia soy que aparezco,
Mundo. como ves, en ti.
MUNDO. Y qué ¿es cierto mi remedio?
GRACIA. En la mitad de esta noche
será Dios hombre en el suelo,
aunque ha nueve meses ya
que tiene limpio aposento
en el claustro de una niña
más pura y limpia que el cielo;
vuelve los ojos, verás,
Mundo, su esposo y su espejo,
y de los ojos de Dios
la niña por cuyo velo
mira tus lágrimas tristes.
MUNDO. Gracia santa, ya los veo;
voy a hacer que aquesta noche,
aunque lo defienda el hielo,
borden la escarcha las flores,
salgan los pimpollos tiernos
de las encogidas ramas
y de los montes soberbios
bajen los arroyos mansos,

líquido cristal vertiendo.
Haré que las fuentes manen
cándida leche, y los fresnos
pura miel, diluvios dulces
que aneguen nuestros deseos.
¡Oh, qué fiestas hará el Limbo,
donde los Padres primeros
Abraham, Jacob e Isaac,
David, su divino abuelo.
y cuantos profetas santos
con Elías y Eliseo
le aguardan!

GRACIA. Con justa causa
te alegras.

MUNDO. Todo me alegro
de ver cordero al León
y al mismo Dios niño tierno.

Vanse y salgan JOSEF y la VIRGEN.

JOSEF. No sé qué habemos de hacer
hermosa Reina del cielo,
desamparados del hombre,
habiendo llegado a tiempo
que de él tenga el mismo Dios
necesidad, ¿qué consejo
tomaremos esta noche?

VIRGEN. Tened, esposo, consuelo;
que otras casas hay sin estas.

JOSEF. Mucho, Virgen, me enternezco
de veros así, ni es mucho
que llore Josef de veros
sin posada a tales horas,
y que al mismo Dios inmenso,
por cumplir leyes del mundo,
trate el mundo sin respeto.

El Presidente de Siria
hace este edicto: yo vengo
a registrarme a Belén.

VIRGEN. Este es mesón; llamaremos:
podrá ser que haya piedad.

JOSEF. ¡Ah de casa!

VIRGEN. Duerme el dueño.

El mesonero sale a la ventana.

MESONERO. ¿Quién llama, quién está ahí?

JOSEF. Gente de paz.

MESONERO. Llamad quedo;

aunque a puertas de mesón,
llama con tiento el discreto.

JOSEF. Abrid y dadme posada,

que ni cama ni aposento
os tengo yo de ocupar;
solo con mi esposa vengo.

Abrid, señor, que los dos
en un rincón estaremos,
mirad que viene preñada
y temo el rigor del hielo.

MESONERO. No deis golpes y hablad paso,

buen hombre; que están durmiendo
los huéspedes; id con Dios:
todo está ocupado y lleno.

Allí, al salir de Belén,
hallaréis un portalejo
donde podréis albergaros;
pienso que habrá paja y heno
de algunas bestias que allí
hay.

JOSEF. Dulce esposa, ¿qué haremos?

Que os cierra la puerta el mundo
siendo vos puerta del cielo.

Si Dios pudiera olvidarse,
dijérase: Niño tierno,
como vos tenéis posada,
no os duelen los padres vuestros.

Que en vuestras puras entrañas
no le hacen falta los techos
sembrados de serafines,
porque son más limpios que ellos.

Tened, divina Señora,
esos cabellos, que creo
que saldrá el sol con sus rayos,
con que ira a noche huyendo.

No lo digo yo por mí:
hombre soy, sufrirlo puedo;
de vos, soberana niña,
tengo justo sentimiento.

A fe que si a vuestro hijo,
Virgen, en mis brazos veo.
que le tengo de decir
que como pasa por esto,
y que ha de oír de Josef
mil quejas y mil requiebros.

Pero ¿quién se quejaría
si a Dios estuviese viendo?
Las quejas son imposibles,
los requiebros serán ciertos;
que es mi padre, aunque es mi hijo:
mi Dios, aunque le sustento.

VIRGEN. Si vivieran en Belén
los reyes nuestros abuelos,
no nos faltara posada,
que aquí comenzó su reino.
David, vuestro antecesor,
aquí tuvo origen.

JOSEF. Creo,
María, que nuestros pasos
no habrán sido sin misterios;
reyes nos han precedido:
muchos son los que tenemos
desde Abraham y David
en el Real linaje nuestro.
Mas como pasaron ya
sus coronas y sus cetros
en un carpintero pobre,
nadie me quiere por deudo.

VIRGEN. Entrad, que aqueste portal,
Josef, nos dará consuelo,
al cielo envidia, a los hombres
vida.

JOSEF. Vos sois su remedio.
En Belén, casa de pan,
nacerá el pan verdadero,
que es de los ángeles gloria
y de los hombres sustento.

Cantan dentro:

Josef, divino maestro,
¿qué más gloria para vos
que un hijo que tiene Dios
tenelle el mundo por vuestro?

Vanse y Sale LAURENCIO.

LAURENCIO. Echa por acá, Pascual;
Bato, corta esos renuevos,
¡hase visto noche igual!
Hasta los verdes acebos
cubre de blanco cristal.

Mira cual relampaguean
las estrellas; corta, acaba,
y los más enjutos sean.

Sale DELIA, pastora, con un gabán y metida la capilla, y las manos en las mangas.

DELIA. ¡Eh, Dios, qué noche tan brava!

Estas dicen que desean
en las cortes los señores
que duermen ensabanados
entre algodones y olores.
Verá cuál están los prados;
¡ay de los negros pastores!
Yo tiritito, muerta estoy!

LAURENCIO. ¡Hola, Bato! ¿acabas ya?

DELIA. Hacia la cabaña voy
de Laurencio, cerca está;
patadas por pasos doy:
envidia tengo a mi hermana
que anteayer se caso.

LAURENCIO. ¿Si es esta Delia o Silvana?

DELIA. Ya no puedo pensar yo
vivir hasta la mañana.

Las manos tengo ateridas;
¡ay de las cabras paridas
y de las tristes ovejas!
Pero de buenas pellejas
las tiene el cielo vestidas.

No sé cómo con fríos tales
las varas pueden tener
en las ciudades reales
los jueces, ni ejercer
su oficio los oficiales.

¿Es Laurencio?

LAURENCIO. ¿Es Delia?

DELTA. Sí.

LAURENCIO. ¿A dónde vas por aquí?

DELTA. A buscar alguna hoguera,
porque ya es la Citia fiera
mi cabaña para mí.

LAURENCIO. Allí he, guardado un tizón
conservado en las cenizas
que cuerpo del fuego son:
Allí estará.

DELIA. Si le atizas,
haz cuenta que soy carbón.

LAURENCIO. A Bato estoy aguardando,

que está del monte cortando
algunos ganchos ya secos.
DELIA. Por allá suenan los ecos.
LAURENCIO. Del monte baja cantando.

BATO, rústico, sale.

BATO. Si el pan se me acaba, ¿qué comeré?

Sol, sol, fa, mi, re;
si se acaba el que me dan,
¿dónde hallaré pan suave
Mas dicen que presto un ave
nos ha de dar carne y pan.
Pues que va ha nacido Juan,
venga el divino cordero,
a cuyo pan verdadero.
como a mi sol le diré:
sol, sol, fa, mi, re;
si el pan se me acaba, ¿qué comeré?
Sol, sol, fa, mi, re.

LAURENCIO. Con lindo relente vienes:
suelta el instrumento, acaba.

BATO. ¿Qué es de la hambre que tienes?

DELIA. La leña solo faltaba.

BATO. Enciende, ¿qué te detienes?

Que estos acebuches broncos
me dieron algunos troncos,
que no arranqué los escobos
con el temor de los lobos,
de fieros aullidos ronc.

LAURENCIO. ¿No cupo a Elicio y Pascual
la vigilia de esta noche?

BATO. ¡Pardiez, que lo pasen mal
hasta que el dorado coche
rompa el balcón oriental!

DELIA. ¿Adónde tenéis los perros?

BATO. Ya por los más altos cerros
forman en la nieve estampas.

DELIA. Ellos caerán en las trampas:
mueran a piedras y hierros.

BATO. ¡Voto al sol, que mi cachorro.
que nació por la vendimia,
es famoso; si los corro,
carlanca de ante y de alquimia
es extremado socorro!

DELIA. Deja ahora la carlanca:
sopla ese tizón.

LAURENCIO. Ya quiero
cortar pan con mano franca
sobre el fregado caldero,
en leche cándida y blanca.

BATO. Mientras tú la desmigajas
soplaré, Delia, las pajas,
mas no te pongas detrás.

LAURENCIO. Está bueno.

DELIA. No eches más.

BATO. Al aire doy las ventajas.

Entren SILVANA, PASCAL y otro PASTOR, cantando.

Velador que el castillo velas,
vélale bien y mira por ti,
que velando en él me perdí.

Mira, velador Adán,
que andan en el monte lobos,
puesto que ya de sus robos
dicen que remedio os dan.
Mas tan hambrientos están.
que os han de hacer mil cautelas;
poned al ganado velas,
tomad escarmiento en mí.
que velando en él me perdí.
velador, cte.

LAURENCIO. ¿Buenos, a la fe, venís?

BATO. ¡Qué famosos veladores!

PASCUAL. Buenas noches.

BATO. Bien decís,
si son buenas las mayores.

SILVANA. Delia, ¿coméis o dormís?

DELIA. Uno y otro, aunque a la fe,
que no me dejaste frío:
tiemblo del cabello al pie.

SILVANA. Cuando tú pierdes el brío,
¿quién hay que seguro esté?

Esta noche a mí, Pascual.
la vela nos cupo.

DELIA. El hielo
te hará el rostro de cristal.

LAURENCIO. Sentaos por aquese suelo,
pues no hay vela en noche igual.

¿Qué lobo queréis que salga
de su oscurísimo albergue,
aunque de esta luz se valga?

BATO. Nunca ese animal se yergue.

Laurencio, en la noche hidalga.

En estas sustento busca,
y en los tizones del fuego
hasta el hocico chamusca.
Las claras pasa en sosiego,
y en las oscuras se ofusca;
pero por si aquí se embosca.
dormid, que yo velaré.

PASCUAL. No daré mi capa tosca
por la del Rey.

BATO. Meteré
la leche y la media rosca.

PASCUAL. Yo ya estoy medio dormido;
mira que veles muy bien.

SILVANA. Y yo lo mismo te pido.

BATO. Ya todos, sueño, se ven
sepultados en tu olvido;
ea, que para velar
me importa comer muy bien;
migaja no ha de quedar;
sorber y comer también.

Echase en la leche.

En él me quiero estampar.

La panza a mi gusto he puesto,
pues para remedio de esto
las voces son las mejores.
¡Hola, pastores, pastores!

LAURENCIO. ¿Qué es aquesto?

BATO. Al lobo presto.

PASCUAL. ¿Por dónde va?

DELIA. ¡Ay de mí!

SILVANA. ¿Qué haremos?

No le alcanzaremos ya.

DELIA. Huye, Silvana.

BATO. ¡Qué extremos!

SILVANA. Cerca mi cabaña está.

PASCUAL. ¡To, Barcino; to, Melampo!

BATO. Hele donde sale al campo.

PASCUAL. Pon una piedra en la honda.

LAURENCIO. Yo haré que el valle responda,
si en la frente se la estampo.

Vanse todos.

BATO. Ya he comido, y he quedado

con fama de velador:
solo el vino me ha faltado;
desviar será mejor
fuego y caldero del prado:
pero ya vuelven aquí.

Salen PASCUAL y LAURENCIO.

PASCUAL. Bato, sin duda, se engaña,
pues apenas ladrar vi
perro en toda la montaña.

BATO. ¿Cómo que no? Pues yo sí.

LAURENCIO. Delia y Silvana se fueron
con el miedo que tuvieron.

PASCUAL. Pues si ya las dos se han ido,
a las migas me convido.

BATO. También las migas se huyeron.

LAURENCIO. ¿Cómo?

BATO. En yendo por allá,
volvió el lobo por acá,
yo, por ir tras él ligero,
de hocicos en el caldero
caigo.

PASCUAL. ¡Miren cuál está!

LAURENCIO. ¿Mas que él se las ha comido?

BATO. ¿Yo?

LAURENCIO. ¿Pues quién?

PASCUAL. La burla ha sido
como de tu ingenio rudo.

LAURENCIO. Mayor hacérmela pudo,
pues en efecto he dormido;
pero porque frío siento
yo quiero zapatear.

BATO. Y yo tocar mi instrumento.

PASCUAL. Bato, si le has de tocar,
la flauta es divino acento,
que esos instrumentos son
mejores para ciudades;
hazme con la flauta el son.

BATO. La verdad, me persuades,
mas falta en esta ocasión.

PASCUAL. No falta, que yo la tengo
en el zurrón.

BATO. Muestra a ver.

PASCUAL. Toma, que ya me prevengo.

BATO. ¿Qué son me mandas hacer?

PASCUAL. Famosamente me vengo.

Toca el Villano.

BATO. Ya va.

Sopla la flauta y sale cisco molido, que le pone toda la cara negra.

LAURENCIO. Ya sueno las castañuelas.

BATO. ¡Ay!

LAURENCIO. ¿Qué es eso?

PASCUAL. ¡Bueno está!

BATO. Hasta en flautas hay cautela:
no puede soplarse ya.

LAURENCIO. Quedo, ¿qué extrañas canciones
van cantando aquellas aves?

PASCUAL. ¿Son águilas o pavones?

BATO. Notables voces.

PASCUAL. Suaves;

y por extrañas regiones
que son sirenas recelo,
si como las cubre el mar
tiene sirenas el cielo

LAURENCIO. Sirena se ha de llamar
la que serena su velo;
todo el suelo reverdece.

BATO. Todo se alegra y florece,
las avejuelas se gozan,
los cabritillos retozan,
y a media noche amanece.

PASCUAL. Alfombras se vuelve el hielo
de florido terciopelo.

¡Qué visión tan peregrina!

BATO. Cegóme su luz divina.

PASCUAL. Echate, Bato, en el suelo.

El ÁNGEL, en una nube o tramoya, en alto, y una voz sola cante:

Pues que ya cesó la guerra
y Dios Hombre nace al hielo,
cantemos la gloria al cielo,
la paz al hombre en la tierra.

ÁNGEL. Pastores de estas montañas,
buenas nuevas, alegrías;
dejad a las voces mías
vuestras humildes cabañas.

Cierto mensajero he sido,
pastores; Cristo ha nacido;
id a buscarle a Belén,
donde hallaréis todo el bien

a un pesebre reducido.

Id a ver su Madre bella
y a todo el cielo, adorando
al Sol que nace temblando
en los brazos de una Estrella.

BATO. Levanta, Pascual, de ahí;
¿qué haces durmiendo?

PASCUAL. ¡Ay, cielo!

¿Qué voces ha dado el Sol?

LAURENCIO. ¿Era el Sol?

PASCUAL. Que era el Sol pienso,
porque hablaba por sus rayos
o por la esfera del fuego,
coronado de más oro
y con más rubios cabellos.

BATO. A la fe que no era el Sol,
ni en cuantos libros hebreos,
asirios ni babilonios
hoy tiene el mundo compuestos,
se hallará que hablase el Sol.

PASCUAL. Que se detuvo es muy cierto
cuando venció Josué.

BATO. Mas ¿qué pudo ser? Que tengo
el alma toda turbada
y confuso el pensamiento.

PASCUAL. Un ave me pareció,
que con soberano vuelo
vencían sus plumas de oro
del pavón los ojos bellos.

BATO. ¿Las, aves hablan?

PASCUAL. ¿Pues no?

BATO. ¿Y quién las enseña?:

PASCUAL. El cielo,
porque dan, cantando el alba,
gracias a su Autor eterno.

BATO. Yo lo he pensado mejor,
y sin duda aquel mancebo
era de las bellas aves
que contaban mis abuelos,
que en el soberano trono
de zafir, de electro y fuego,
al gran Dios de las batallas
cantan con divino acento:
«¡Santo! ¡Santo!», y les responden
las Virtudes de los cielos.
Concuerta con sus palabras
el hábito, que era un velo

blanco, bordado de estrellas,
y el rubio cabello suelto.
Por la túnica Farís
los blancos pies descubiertos,
los contornos de diamantes,
con mil lazadas en ellos.
Las Sibilas y Profetas
lo que él dijo prometieron
en tantos si, los, que el mundo
está pidiendo remedio.
Si dicen que ha de nacer
Dios-hombre, sin duda creo
que hoy cumple Dios su palabra,
más firme que el firmamento.
Dióla a Abraham, a Jacob,
y a David, en cuyo reino
prometió la sucesión
de aquel esperado centro.
Si al Justo llueven las nubes
y al blando rocío el cielo;
si en Belén, casa de pan,
ha nacido el trigo nuevo;
si no lla de ser la menor;
si de ellas sale el imperio
de aquel Capitán famoso
que ha de gobernar su pueblo;
si ha llegado ya la edad
en que el demonio soberbio
pierda el imperio del mundo
y esté el pecado sujeto,
si la muerte ha de vencer
este Capitán muriendo;
si ha de reparar la vida
quedando en él campo muerto,
¿en qué os detenéis pastores?
¿Por qué no vamos, qué hacemos,
a ver a Dios en la tierra?

PASCUAL. Bien dice Bato, Laurencio;
sin duda es Dios este Infante,
este Sol temblando al hielo.

LAURENCIO. En lo cierto estáis los dos:
Dios nació, sin duda es cierto.
Vamos a verle, pastores,
y mil presentes llevemos,
coronando el portal pobre
de laureles y de acebos.
¿Qué llevarás tú, Pascual?

PASCUAL. Leche y miel, porque sabemos
que ha de reprobarnos lo malo
y que ha de elegir lo bueno.

BATO. Yo un cordero.

PASCUAL. Bien harás.

pues ya el león es cordero.

¿Tú, Laurencio?

LAURENCIO. El corazón,

porque es lo mejor que tengo,

y es en las aras de Dios

el más oloroso incienso.

Acto tercero

Personas que hablan en él

LISENA.

PASCUAL.

DELIA.

JOSEF.

SILVANA.

MARÍA.

LAURENCIO.

BALTASAR.

RISELO

MELCHOR.

GINÉS.

GASPAR.

BATO.

MÚSICOS.

Salen LISENA, pastora, DELIA y SILVANA.

LISENA. A las cosas que contáis
el cielo estará suspenso:
en corto espacio al inmenso
al incomprensible dais
lugar donde quepa.

DELIA. Sí,

pues cupo en el vientre santo
de una Virgen que obró tanto
con fe y humildad.

SILVANA. Yo vi,

Lisena, en tan breve espacio
como un pesebre pequeño,
de la tierra y cielo al dueño
divino.

LISENA. Extraño palacio
eligió para nacer
en ese pobre portal.

DELIA. Su resplandor celestial
luego le diera a entender
quién era el que estaba allí.

LISENA. ¡Que con vosotros no fuera
y ese zagalejo viera
que nace al hielo por mí!

No dudéis: de mi ganado
diera el cordero mejor,
por ver de esa Virgen flor
el dulce Fruto esperado.

Laurencio, bien entendido
del libro de los Profetas,
contaba cosas discretas
de este Dios y hombre nacido:
mayormente de Isaías.

¿Y cómo su madre está?

DELIA. Como el cielo que hoy nos da
con tal sol tan buenos días;

querer pintar su retrato
es menester para él
que tome Dios el pincel.

LISENA. ¡Que no fuera yo con Bato,
con Pascual y con Laurencio!

DELIA. Si hay algo más que María,
solo es Dios, porque este día
más la encarece el silencio.

Si todo lo que no es Dios
es menos que vos, Señora,
soy yo muy ruda pastora,
Virgen, para hablar en vos.

SILVANA. Dice Delia la verdad:
callar es mejor; disponte,
Lisena, a dejar el monte;
parte a la santa ciudad,
donde verás la belleza
de la Madre de su Padre.

DELIA. De ver la Virgen y Madre
se admira naturaleza.

Yo te digo que es persona
que la sirve de chapín
la luna, y que tiene, en fin,
al mismo sol por corona.

Pues hablar en el rapaz
no hay en los cielos estrellas,
en la tierra flores bellas,
ni en el mar duro coral.

A todas hace ventajas:
allí está recién nacido
como pajarillo en nido
entre las plumas y pajas.
A la fe, mi delantal
de lástima le dejé.

Salen BATO, PASCUAL, LAURENCIO, GINÉS y otros pastores.

BATO. Digo, que conmigo fue
Laurencio y también Pascual,
y que han visto lo que vi.

GINÉS. De envidia me estoy muriendo.

PASCUAL. ¿Delia está aquí?

DELIA. Estoy diciendo
que a Belén con los dos fui,
y Lisena, deseosa,
ir quiere a verle también.

LAURENCIO. Ya no es la menor Belén,
ciudad de David dichosa
en la tribu de Judá.

PASCUAL. A la fe, bella Lisena,
que con razón tienes pena
de no haber estado allá.

Contando vengo a Ginés,
que de envidia muerto viene,
la gloria que Belén tiene.

GINÉS. Besaros quieren los pies
las flores de aquestos prados,
y bien podrán los pastores.

BATO. ¡Oh qué muchacho de flores
hecho de lirios dorados!

¡Voto a mi sayo, Ginés,
que me retoza la risa
de acordarme con qué prisa
iba a besarle los pies!

Pero díjome Pascual:

tente, y descálzate presto,
que Dios dijo a Moisés esto:
allá zarza, aquí portal.

Turbado entonces, no sé
en qué tropecé, que allí
con la cara en el buey di
y la nariz me quebré.

GINÉS. ¿Quién pudiera sino tú
hacer eso junto al Rey?

BATO. Perdona, le dije al buey.

GINÉS. Y el buey, ¿qué te dijo?

BATO. Mu.

GINÉS. Pastores, tanta alegría
celebrese de mil modos:
cantad y bailad, que a todos
alcanza el bien de este día.

Yo me prefiero a poner
del monte por partes varias.
esta noche luminarias
que en Belén se puedan ver.

Ea, vaya un baile, un juego,
una alabanza que cuadre
con tal hijo y con tal madre.

PASCUAL. Por mí, Ginés, vaya luego.

LAURENCIO. Siéntense todos aquí.

BATO. ¿Y al que errare?

LAURENCIO. Penitencia.

GINÉS. Diré con vuestra licencia
el juego.

SILVANA. Sí.

GINÉS. Diga.

DELIA. Di.

GINÉS. Jesús viene a ser soldado,
aunque capitán nació;
él está desnudo.

DELIA. Y yo
le vi vestir de encarnado;
doyle la misma color.

GINÉS. Al color sentido dad.

DELIA. Significa humanidad.

LAURENCIO. Yo le vi lleno de amor,
y le visto de morado.

SILVANA. Yo, que le vi los cabellos,
más que el sol y el oro bellos,
le vestiré de dorado.

GINÉS. ¿Qué significa?

SILVANA. El poder.

PASCUAL. Yo de azul rico vestido
para Dios celoso ha sido:
bien se le puede poner.

BATO. ¿Dios celoso?

PASCUAL. Y muy celoso,
que él mismo lo dice así.
¿Dios no es amante?

BATO. Dios, sí.

PASCUAL. Pues ser celoso es forzoso,
y cuanto es su amor mayor,
claro está que lo ha de ser,
más celos ha de tener.

BATO. Bendiga el cielo su amor.

LISENA. Yo le visto verde al fin:
tengo de verle esperanza,
aunque quien a verle alcanza
ha de ver un fin sin fin.

BATO. Yo de blanco vestir quiero
este divino galán
que nace en casa de pan,
y eso mesmo considero.

GINÉS. Será pan vivo del cielo.

BATO. Pues blanco le quiero dar.

GINÉS. ¿Va de juego?

DELIA. Pues callar.

GINÉS. Hoy en encarnado velo
viene este niño, soldado.

DELIA. Humanidad.

GINÉS. Por el hombre
viste su divino nombre
de humanidad.

DELIA. Encarnado.

GINÉS. Encarnado y blanco llama
la esposa a este Rey galán.

DELIA. Humanidad.

BATO. Pan.

GINÉS. Y es pan
del cielo.

BATO. Blanco.

GINÉS. Han casado
de una Virgen celestial
en sus divinas entrañas,
de sus grandezas extrañas,
y de su poder.

SILVANA. Dorado.

GINÉS. Dorados palacios deja.

SILVANA. Poder.

GINÉS. De sus altos cielos
azules.
PASCUAL. Celos.
GINÉS. De celos
del hombre, aunque es Dios, se queja.
PASCUAL. Azul.
BATO. Verde.
GINÉS. Bato erró.
GINÉS. Mi color dijo.
LISENA. Una prenda.
BATO. Vela aquí: no tengo hacienda
en comenzando a errar yo.
SILVANA. Denle penitencia luego.
GINÉS. Pues consiento que Lisena
le haga una mamona buena.
BATO. Quedo, por Dios.
LISENA. Quedo llego,
séllala, Delia.
DELIA. Ya voy,.
BATO. La nariz me habéis rotpido.
DELIA. Pues Bato, estar advertido.
GINÉS. Prosigo.
BATO. Un jumento soy.
GINÉS. El soldado de morado.
LAURENCIO. Morado.
GINÉS. A la guerra viene
tan niño, que apenas tiene
fuerzas el hombro sagrado
para llevar la bandera
morada.
BATO. Amor.
GINÉS. De su santa
sangre.
BATO. Amarillo.
GINÉS. Ya espanta
tu descuido.
DELIA. Pague.
BATO. Espera.
LISENA. No hay que esperar, porque aquí
nadie amarillo tomó.
DELIA. Doyle penitencia yo.
GINÉS. Dásela, Delia, por mí.
DELIA. Pues de los dos aladares
tres veces le he de tirar.
BATO. ¡Ay, ay!
DELIA. Es de buen quejar.
BATO. Para, por Dios.

DELIA. No repares
en niñerías.

BATO. ¿Aquestas
niñerías? Si con ellas
me has hecho ver las estrellas,
y levantado dos crestas.
Si otra vez, Ginés, encaja
este juego, he de decir,
pastores, que he de venir...

GINÉS. ¿Cómo?

BATO. Rapado a navaja.

LAURENCIO. Prosigue el juego, Ginés.

GINÉS. Cumplió el divino soldado
la esperanza.

LISENA. Verde.

GINÉS. Y dado
al mundo, como le ves,
Vistió a la tierra de verde;
erró, que no respondió
esperanza.

BATO. Pague.

LISENA. ¿Yo?

BATO. No, sino el alba.

GINÉS. Quien pierde,
Lisena, paga; perdona.

LISENA. Después.

BATO. ¡Lindo proceder!
Paciencia, porque ha de haber
aladares y mamona.

LISENA. Daré prenda.

GINÉS. Basta así.

ELISENA. Bato, procede galán:
si penitencia me dan,
recíbela tú por mí.

BATO. Un toro que la reciba;
yerras tú y lo pague yo;
mas desde que Adán pagó,
la costumbre se deriva,
porque si advertirlo quieres,
andan trocados los nombres,
pues siempre pagan los hombres
lo que yerran las mujeres.

GINÉS. Finalmente; este soldado
bajó del cielo.

BATO. Azul, celos;
verde, blanco, negro, cielos;
rojo, amarillo, encarnado,

humanidad, esperanza;
poder, dorado, turquí;
veamos si acierto así.

DELIA. Loco está.

PASCUAL. Perdón alcanza.

BATO. Con esto me satisfago;
dadme penas de mil modos,
que quiero hablallo por todos,
pues que por todos lo pago.

Sale RISELO.

RISELO. ¿Qué hacéis, pastores, aquí,
cuando animales y aves
parece que a los caminos
a ver maravillas salen?
Levantaos, levantaos presto,
venid corriendo, que el valle
atraviesan con su gente
tres Reyes de varias partes.
La fama dice que vienen
de Saba, de Egipto y Tarsis:
a lo menos bien lo muestran
en los diferentes trajes;
trae el muy viejo una ropa
egipcia, con alamares
de perlas; las blancas sienes
ciñe un bordado turbante.
Mil gitanos y gitanas
le acompañan, cuyos bailes
dan al monte alegres ecos,
que les responde en mil partes.
El otro, de grana fina
la talar túnica trae,
que siembran granadas de oro,
y son los granos diamantes.
El tercero es negro, y creo
que si quisiera embozarse,
el sol tomara por sombra
negro de tan lindo talle.
Cubren el lustroso cuello
aljófares y corales,
y en filigranas sutiles,
sartas de rubíes, granates.
Los negros que por grandeza
vienen danzando delante,
alegran los verdes bosques,

dan alma a los mudos valles.
Lo que en recámaras viene
de camellos y elefantes,
no hay ingenio que lo diga;
pero aseguraros baste,
que toda aquesta grandeza
viene a Belén a postrarse
al pie de un desnudo Niño
que entre humildes pajas yace.

Venid, venid y veréis
maravillas que os espanten,
milagros que os enmudezcan,
y a Dios con madre y sin padre.
Que su Padre está en el cielo,
de quien engendrado es antes,
que por obra de su amor
de una pura Virgen nace.

Niña que no tiene ahora
ni catorce años cabales,
y antes que el mundo se hiciese
el cielo su nombre sabe.

LAURENCIO. ¡Oh, qué notable alegría!

RISELO. Pastores, seguidme

LAURENCIO. Guarden
nuestras ovejas los lobos.

PASCUAL. Al valle, al valle, zagales,
al valle.

Vanse, y salen JOSEF y la VIRGEN con el Niño envuelto en los brazos.

VIRGEN. Tierno venís, esposo.

JOSEF. No os espantéis, señora, que lo venga;

sin Jesús amoroso,
¿cómo es posible que dolor no tenga?

¡Ay! ¿qué hermosos rubíes
volvieron sus jazmines alelíos?

¡Con qué paciencia estaba
el Príncipe de paz sobre la mesa!

VIRGEN. El cielo se admiraba,
que tantas veces santo le confiesa,
de ver su Rey Eterno
su sangre derramar tan niño y tierno.

¡Ay, mi Jesús querido!
Sentís mucho el dolor que a mis entrañas
primer cuchillo ha sido:
entrañas son de madre, que no extrañas,
de mí tenéis, Dios mío,

las que vertéis: sois mi Criador y os crío.

Parece que los ojos
tienen por enjugar las perlas bellas:
sosegad los enojos,
serenad las bellísimas estrellas:
no haya más, ya es pasado.

JOSEF. Con dolor estará, mas no enojado;
este divino día,

los enojos de Dios todos cesaron,
los que tener solía,
con darnos esta prenda se acabaron.

Entrad, hermosa Infanta:
descansará Jesús de pena tanta.

VIRGEN. Descansad, amor mío,
puesto que en esa estrecha, en pobre cuna,
al aire, al hielo, al frío.

JOSEF. Virgen a cuyos pies la blanca Luna
se postra, entrad os ruego,
que si vos le cantáis dormirá luego.

Entrense, y salgan músicos de gitanos y detrás el primer REY.

BALTASAR. Paróse la estrella ya:
ésta sin duda es la casa
a donde está nuestro Rey;
canta una canción Leonarda.

A la clavelina,
a la perla fina,
a la Aurora santa,
que el Sol se levanta.

Clavellina hermosa,
perla de los cielos,
rocío divino,
soberano Verbo.

Gusto que las nubes
a la tierra dieron
sobre el vellocino
más puro que el cielo.

Vuestra Madre Aurora;
día tan sereno
a la tierra ha dado,
que os está diciendo,

puesto que en el hielo
de noche tan fría,
a la clavelina,
a la perla fina,
a la Aurora santa,

que el Sol se levanta.

Salen BATO, GINÉS y LAURENCIO.

LAURENCIO. ¿Dónde quedan los demás?

BATO. Atrás se queda Silvana
con Delia.

LAURENCIO. Aqueste es el Rey;

BATO. Linda persona.

LAURENCIO. Gallarda.

BATO. ¿Este comerá?

LAURENCIO. ¿Pues no?

BATO. ¿Qué come un rey, oro o plata?

GINÉS. Lo que comen los demás.

BATO. ¡Válgame Dios!

LAURENCIO. Oíd, que cantan.
Cantan.

Reina de los cielos,
divina Señora,
a fe que habéis dado
al mundo limosna,
que andaba gitano
fuera de la gloria,
con esa moneda.
Pues que vale sola
cuanto vale Dios.
Mirad si atesora
la ventura toda
que la tierra aguarda;
a la Aurora santa,
que el Sol se levanta,
a la clavelina.

Entrase el REY con su música y queden los pastores.

LAURENCIO. ¡Con qué notable alegría,
con qué fe, con qué esperanza
al santo portal caminan!

BATO. Toda se me alegra el alma,
cuando Juanico nació
de Isabel, esas montañas
saltaron como corderos
y hubo en ellas fiestas varias.

¡Oh, qué comida, torrijas!

¡Pardiez, que entonces andaba
rodando el cabrito, el vino!

Pero todo aquello es nada

respecto de esta alegría.

GINÉS. Nace Dios, y nuestra humana
carne se viste. ¿no quieres
que haya diferencia tanta?

BATO. ¿Cómo nace con pobreza?

LAURENCIO. Porque grandeza tan alta
se quiso humillar así.

BATO. Los cielos, Ginés, me espantan,
¿era mucho que esta noche
dieran turrón y castañas?

¿No llovieron codornices
para aquella gente ingrata
que del maná tuvo hastío?

GINÉS. ¿No te parece que hasta
esta alcorza, este pan vivo,
que hoy para los hombres baja?

Sale una danza de negros y los dos REYES.

MELCHOR. Donde la estrella paró
entró Baltasar.

GINÉS. La casa
debe de ser esta cueva.

MELCHOR. ¡Hola! Prevenid las cajas.

GASPAR. Deseo llevo de ver
esta soberana Infanta.

NEGRO. Canta, Pascual.

MÚSICOS. Cante uno.

NEGRO. Toca, Plinio.

MÚSICOS. Toca y vaya.

Neglo de Santo Tomé,
a lo Niño del portatico
cantemo, danzemo, bailemo, a la fe;
galumpé, galumpé, galumpico
he, he, he, blanca la cara me deja lo pie.

Los REYES se entren.

Toca, neglo, lo pandelo
a lo Niño y Dioso mío,
que está temblando de frío,
siendo la lumbre del cielo;
toca, Blas, lo morteruelo,
pues ayúdeme Flastico.
galumpé. galumpé, galumpico,
galumpé, cte.

Toro branco quemaremo,

si lo branco pie besamo,
lo que por Adán tiznamo
con su nieve lavaremo,
guarda que no te tiznemo
no puede que es Dios el chico;
galumpé, etc.

Cordero de tal grandeza
está sin lana en lo hielo.
yo piensa en mi terciopelo
envolver tanta pobreza,
bayeta de mi cabeza
daré lana al corderico,
galumpé, galumpé, etc.

Descúbrase el portal, JOSEF y la VIRGEN con el Niño en las manos, el rey BALTASAR de rodillas, besándole el pie, los otros dos a los lados como pinta la tabla de los REYES.

VIRGEN. El mismo Dios que adoráis,
que es la verdadera paga,
os la dará en aquel Reino
de paz.

BALTASAR. Reina soberana,
dichosos los que hoy merecen
verle en carne mortal.

MARÍA. Basta
para confirmar la fe
de tan gloriosa esperanza.

BATO. ¿No es bello el Niño?

LAURENCIO. Es tan bello,
Bato, que me vienen ganas
de atrever mi boca indigna
a sus pies de nieve y nácar.

GINÉS. ¿Hay más gloria que mirar?

BATO. Parece que aquí se acaba...

LAURENCIO. La historia, Bato, a lo menos,
porque perdonéis las faltas.

El nacimiento de Cristo

Félix Lope de Vega

Personas del primer acto

LA SIERPE.
LA GRACIA.
LA SOBERBIA.
LA ENVIDIA.
LA HERMOSURA.
EL PRÍNCIPE.
ADÁN, REY.
GABRIEL.
EVA, REINA.
EL EMPERADOR SUPREMO.
LA INOCENCIA.

Acto Primero

Salga la SIERPE con alas de dragón, cabellos largos, y sobre ellos una cabeza de culebra, y la SOBERBIA con él y la HERMOSURA.

SIERPE. Soberbia, mi eterno amigo,
y tú, mi amada Hermosura,
que caísteis por castigo
de aquella divina altura
precipitadas conmigo:

vivo en mi opinión tan firme,
que a un primero movimiento
no tengo de arrepentirme;
porque al arrepentimiento
no puede Dios persuadirme.

Verdad es que no lo intenta;
pero, cuando lo intentara,
fuera mi obediencia exenta,
y le dijera en su cara
que era arrepentirme afrenta.

De ser opuestos los dos
a tal grandeza me animo,
que en mi tormento con vos,
ser vuestra cabeza estimo
más que ser los pies de Dios.
Sabed que Dios...

SOBERBIA. Si comienzas
por Dios, Serpiente feroz,
gran mal hay.

HERMOSURA. No me convenzas

con algún suceso atroz;
que haré víboras mis trenzas.

¿Con Dios vuelven pesadumbres?
Y ¿a dónde puedes caer?
Ni a aquellas celestes cumbres
eternamente volver,
por más que tu cuello encumbres.

¿Qué te quiere Dios a ti?

SIERPE. El Emperador supremo,
que temo y que no temí,
(si puede decir que temo,
y que hay penas para mí),
a dos Reyes que ha criado,
el cetro del inundo ha dado,
y en aqueste Paraíso
palacio formarles quiso,
más verde al fin que dorado.

La casa que les ha puesto
es por notable excelencia,
y, para decirlo presto,
de la Gracia y la Inocencia
está su alcázar compuesto.

Y anduvo tan liberal,
que todo cuanto ha criado
comen con licencia igual;
solamente ha reservado
el árbol del bien y el mal.

Mas en esta, concesión
tengo fundado su daño.

SOBERBIA. ¿Cómo?

SIERPE. Escucha la invención.

HERMOSURA. Si es de tu ingenio el engaño,
los Reyes esclavos son.

SIERPE. ¿Dios no les puso precepto?

SOBERBIA. Sí puso.

SIERPE. Pues en quebrarle,
¿no queda el hombre sujeto
a su desgracia?

HERMOSURA. Y es darle
enojo a Dios, en efecto,
y si castigado el tuyo
también por inobediencia,
no liará menos por el suyo.

SIERPE. Esto quiere diligencia.

SOBERBIA. Della tu remedio arguyo.

SIERPE. ¡Envidia!

Sale ENVIDIA con un corazón en las manos, ceñida la cabeza de culebras.

ENVIDIA. Ya estoy aquí;
que bien sabes que no puedo
faltar un punto de ti.

SIERPE. Envidia, perdido quedo.

ENVIDIA. ¿Es por estos Reyes?

SIERPE. Sí.

ENVIDIA. Hermosos los ha criado
el Emperador.

SIERPE. Yo he sido
cedro hermoso levantado,
yo fui aurora y sol vestido
de luz, y estoy eclipsado.
Mira qué conchas tan fieras,
y pise con mil diamantes
las celestiales vidrieras.

ENVIDIA. Sé quién fuiste.

SIERPE. No te espantes
si igual a mi ejemplo esperas.
¿Ves este árbol?

ENVIDIA. Bien le veo.

SIERPE. Pues encantarlos deseo
con una manzana de él.

ENVIDIA. ¿Y qué han de perder por él?

SIERPE. El reino que ya poseo.

ENVIDIA. ¿Luego ya le cuentas tuyo?

SIERPE. Claro está.

HERMOSURA. Quedo, que vienen.

SOBERBIA. ¡Brava corte!

SIERPE. Todo es suyo.

ENVIDIA. Divina hermosura tienen.

SIERPE. A la gracia contribuyo.

ENVIDIA. ¡Que estos ganen lo que pierdes!

HERMOSURA. Lo perdido no lo acuerdes.

SIERPE. Déjame tú hacer a mí.

ENVIDIA. Escóndete.

SIERPE. ¿A dónde?

ENVIDIA. Aquí,
entre estos árboles verdes.

Salen el rey ADÁN y la reina EVA, con música y vengan con ellos la INOCENCIA,
vestida de Villano, y la GRACIA, de blanco.

ADÁN. Aquí, Reina, en esta alfombra
de hierba y flores te asienta.

INOCENCIA. Eso, a la fe, me contenta:

Reina, señora, la nombra.

GRACIA. ¿Pues no ves que es su mujer,
carne de su carne y hueso
de sus huesos?

INOCENCIA. Y aun por eso,
porque es como ser su ser,
lindos requiebros se dicen.

GRACIA. Dos en una carne son.

INOCENCIA. Dure mil años la unión,
y en esta paz se eternicen.

GRACIA. Por la Reina dejaría
el Rey a su padre y madre.

INOCENCIA. Ninguno nació con padre;
poco en dejarlos haría.

Y a la fe, señor Adán,
que, aunque de gracia bizarro,
que los príncipes del barro
notable pena me dan.
Bravo artificio tenía
vuestro soberano dueño
cuando un mundo, aunque pequeño,
hizo de barro en un día.

GRACIA. Quien los dos mundos mayores
pudo hacer con su palabra,
¿qué mucho que rompa y abra
en la tierra estas labores?

¿No ves las lámparas bellas
que de los cielos colgó?

INOCENCIA. Como de flores sembró
la tierra, el cielo de estrellas.

GRACIA. Mira cómo va poniendo
nombres Adán a las aves,
que con sus picos suaves
van el nombre agradeciendo.

Echen a volar muchas aves diferentes, y vaya diciendo ADÁN:

ADÁN. Águila aquella se nombre,
estos ánades, aquellos
cisnes.

EVA. ¡Qué pájaros bellos!

ADÁN. Sea neblíes su nombre.

Esta paloma, aquel sea
cuervo.

INOCENCIA. ¿No os parece a vos,
gracia, que, con la de Dios,
la nieve parece fea?

ADÁN. Este se llama faisán,
y esos pardos, avestruces.

EVA. Si a número los reduces,
casi infinitos serán.

ADÁN. Este se llama pavón.

INOCENCIA. De estos, muchos mal nacidos,
viéndose en alto subidos,
hurtarán la condición.

Mas no encubrirán los pies
con las plumas esmaltadas.

GRACIA. Inocencia, no me agradas,
porque eso malicia es.

Va saliendo la SIERPE.

SIERPE. Es porque estoy aquí yo,
que le doy principios ya.

ADÁN. Aquella, perdiz será.

INOCENCIA. ¿Quieres que la alcance?

GRACIA. No.

INOCENCIA. Pues yo pienso que ha de ser
para comerla mejor.

ADÁN. Aquel será ruiñeñor.

INOCENCIA. No le queráis parecer;
que aunque soy señor del mundo,
seréis ruin si soy ingrato.

SIERPE. Ya mi malicia dilato,
ya mis pensamientos fundo.

ADÁN. Aquel feroz animal
sea león, perro aquel.

INOCENCIA. Y de la envidia cruel
mordiendo imagen igual.

ADÁN. Aquel será jabalí,
aquel conejo, aquel oso.

INOCENCIA. Ya brama el mar espacioso;
¡qué de peces hay allí!

ADÁN. Focas, delfines, ballenas,
congrios, rayas y zafiros.

INOCENCIA. ¿Y estas que andan por los ríos?

ADÁN. Truchas.

INOCENCIA. Frescas serán buenas.

ADÁN. Pero cantad, que después
proseguiré lo demás.

INOCENCIA. Oye estas voces; dirás
que cielo armónico es.

Aquí canten los músicos y les hagan una danza y baile por estas diferencias.

Música. El mayor señor del mundo,
rey de cuanto Dios formó,
con su amada esposa vino
en el estado mejor.

Acompaña a la Inocencia
la Gracia cine Dios le dio;
tiernos requiebros le dice
el día que se casó.

Bien haya quien hizo cadenicadas, cadenas,
bien haya quien hizo cadenas de amor.
y responden las aves que vuelan
por el aire de dos en dos, de dos en dos:
vivan los casados, para en uno son.

ADÁN se duerme al son de la música, y dice durmiendo:

ADÁN. Divinos son tus secretos:

¡qué es esto que viendo estoy'
¿Tú, como hombre, Dios mío,
mi carne tomas, Señor?

¿Tu deidad juntas conmigo,
Dios humanado, y Dios yo?
Dios baja al suelo a ser hombre,
y el hombre sube a ser Dios.

La música prosigue y el baile.

Música. Bien haya quien hizo cadenicadas, cadenas,
bien haya quien hizo cadenas de amor.
Y responden las aves que vuelan
por el aire de dos en dos:
vivan los casados, para en uno son.

La SIERPE llega a la INOCENCIA y dice:

SIERPE. ¡Ah del jardín!

INOCENCIA. ¿Quién va allá?

SIERPE. Yo soy, Inocencia amiga.

INOCENCIA. Si el nombre acaso os fatiga,

¿Adán no os le puso ya?

SIERPE. Nombre tengo, y aun primero
que el rey Adán fui criado.

INOCENCIA. ¿Primero? Estáis engañado.

SIERPE. ¿No veis que soy el lucero
que al lado del sol salió,
y su corona quería

igualar al mismo día
que tuda la luz perdió?

INOCENCIA. Yo pensaba que los Reyes
eran antiguos aquí.

SIERPE. A Dios denantes oí
no se qué divinas leyes
que me han parecido mal.

INOCENCIA. ¿Cosa que Dios hace?

SIERPE. Sí.

INOCENCIA. ¿Pues quién sois?

SIERPE. Quien tuvo en sí
valor para serle igual.

INOCENCIA. Vos sois el primer hereje
de cuantos habrá jamás,
y volved el paso atrás,
si queréis que vida os deje.

SIERPE. ¿Qué hace Adán?

INOCENCIA. Durmiendo está
con una costilla menos.

SIERPE. ¡Oh, qué casados tan buenos!

GRACIA. Entrándose adentro va.

INOCENCIA. No sé qué tiene de enguila,
y por eso se resbala.

SIERPE. Quiero ser su maestresala;
¡oh hermosura! ¡oh maravilla
del poder de Dios! ¡oh Madre
del mundo! ¡oh Eva!

EVA. ¿Quién es?

SIERPE. ¿No me ves?

GRACIA. ¡Qué feos pies!

SIERPE. Aquel soberano padre
de las lumbres cielo y tierra,
te hizo hermosa, y mostró
en el valor que te dio
el que tu poder encierra,
del costado que es la silla
del corazón de los dos.

INOCENCIA. Y no fue a costa de Dios.

GRACIA. ¿Pues de quién?

INOCENCIA. De su costilla.

SIERPE. El árbol que os ha mandado
no comer, es con temor
que no igualéis el valor
del mismo que os ha criado.

Que seréis Dioses como él;
sabréis tanto y podréis tanto...

INOCENCIA. ¡Mas que le doy con un canto!

SIERPE. El día que comáis de él.

A esto vengo, porque soy
de este jardín hortelano,
do él me puso de su mano
en la cabaña que estoy.

Toma, toma una manzana:
dala al Rey, que ya despierta.

EVA. No hay fruta en toda la huerta
más bella.

GRACIA. ¡Ay, Eva liviana!

Así le engañas ahora,
y el necio no te resiste,
mas de su espalda saliste,
por eso fuiste traidora.

EVA. Toma, comamos los dos
y seremos como Dios;
toma.

ADÁN. Comeré por ti.

SIERPE. ¡Oh envidia, qué bien se ha hecho!

Aquí los quiero encantar.

ENVIDIA. ¡Qué bien tendrán que llorar!

SIERPE. Hágales tan mal provecho

como a nosotros, el ser
inobedientes a Dios.

GRACIA. Despídome de los dos,

porque en llegando a ofender
a la Majestad divina,
quedasteis en su desgracia.

INOCENCIA. ¿Dónde vas, Gracia? ¡Oye, Gracia!

¡Qué presurosa caminal

SOBERBIA. Poneos vos a questo saco,

Inocencia, y sed Malicia,

INOCENCIA. Ello fue justa justicia:

esto de ofenderla saco.

HERMOSURA. ¿Viste a los Reyes también?

SOBERBIA. Ya los visto de villanos.

Póngales un capote pardo.

SIERPE. Ved qué Dioses soberanos.

ADÁN. Perdí por loco mi bien;

¿no ves que estamos desnudos,
y de la culpa vestidos?

EVA. ¡Ay! que quedamos perdidos,

y en lugar de sabios, rudos.

ADÁN. ¿Quién son aquestos que aquí

se burlan de nuestros daños?

SOBERBIA. Encantados por cien años.

SIERPE. ¿Qué dices? ¿estás en ti?

Más de cuatro mil serán
si a Dios enojado pinto
los que en este laberinto
encantados estarán.

Vaya, músicos, también
un baile para nosotros.

MÚSICOS. Vaya.

INOCENCIA. En tanto, vosotros
llorad el perdido bien.

ADÁN. ¡Ay Dios, que me han transformado
de inocente en pecador!

EVA. Tal era el encantador
y el veneno que me ha dado.

INOCENCIA. Malicia soy, no Inocencia.

SOBERBIA. Ea. pues, el baile vaya.

SIERPE. Vaya,

Ea pues, les damos baya,
del pecado penitencia.

Música. Estaba la blanca niña

a sombras de una alameda,

en un bello paraíso,

a quien cuatro fuentes riegan.

Mandóle Dios que de un árbol,

que del bien y el mal la ciencia

tenía dentro de sí,

no comiese en la floresta.

Necio fue Adán, necia fue Eva

vayan cautivos el Rey y la Reina.

La serpiente maliciosa,

con la Envidia y la Soberbia,

por la flaqueza del hombre

vencieron su fortaleza.

Perdieron los dos la gracia:

desde hoy encantados quedan:

enojado viene Dios:

gran castigo les espera.

Necio fue Adán, necia fue Eva,

vayan cautivos el Rey y la Reina.

Entre el EMPERADOR celestial.

EMPERADOR. ¿No dejé yo aquí dos Reyes?

¿Cómo cautivos están?

SIERPE. Guardaréis ahora, Adán,

lágrimas mejor que leyes.

ADÁN. Señor, estoy escondido

porque desnudo me veo.

EMPERADOR. ¿Quién te lo dijo?

ENVIDIA. Deseo
ver el castigo.

EMPERADOR. Haber sido
inobediente a mi ley,
tu desnudez te enseno.

ADÁN. Esta mujer me engañó.

SIERPE, ¡Buena disculpa de Rey!

EMPERADOR. ¿Por qué le engañaste, di?

EVA. Celestial Emperador,
este fiero encantador
me engañó primero a mí.

EMPERADOR. Desde hoy, serpiente vil, por lo que has hecho.
serás maldita, comerás la tierra
y por ella andarás sobre tu pecho,
tú y la mujer tendréis perpetua guerra;
mira con que valor su tierna planta.
de tu soberbia la ambición destierra.

Con chirimías se abre una nube y se ve a una Virgen con una corona de estrellas y a los pies un dragón.

SIERPE. ¿Quién eres, dime, generosa Infanta,
que no puedo sufrir la lumbre tuya
pues antes de la culpa fuiste santa?

SOBERBIA. Huye, serpiente vil.

SIERPE. ¿Qué importa que huya,
si en el profundo de mi ciego abismo
mi frente ha de alcanzar la planta suya?

SOBERBIA. ¿Quién te lo ha dicho?

SIERPE. Dios.

SOBERBIA. ¿El mismo?

SIERPE. El mismo.

Huyan, y diga ADÁN:

Ya que el Emperador de tierra y cielo
castiga nuestro loco barbarismo,
vamos, Reina, a llorar el desconsuelo
en que la culpa nos ha puesto.

EVA. Vamos,
perdido Rey; que me ha cubierto un hielo.

ADÁN. ¿No ves el Serafín entre los ramos
con espada de fuego?

EVA. Ya le veo;
guardas tiene la puerta, no volvamos.

ADÁN. Rey fui, labrador soy, morir deseo.

Canceles y una voz así:

El Rey y Reina del mundo,
llamados Eva y Adán,
cuán tristes que van saliendo
de aquel jardín celestial.
Encantólos la serpiente,
pero al fin los sanará
otra serpiente en un palo,
de carne, no de metal.
Ya labran la dura tierra,
y aunque eran Reyes, son ya
labradores, que en sudor
de su rostro comen pan.
Mas si viene vuestro Hijo,
Emperador celestial,
presto le dará la vida
con un bocado no más.

EMPERADOR. ¡Ay, hombre miserable,
que por tu culpa a tanta pena vienes,
culpa tan detestable,
que ya por ti ningún remedio tienes;
qué mal agradeciste
aquel dichoso estado en que te viste!

Rey del mundo te hice,
casa te puse de grandeza llena;
solo me satisface
dándote aviso del castigo y pena
de que como sujeto
a mi imperio guardases un precepto.

Quebrástele engañado
de tu fácil esposa, inobediente
a mi Real mandado
por escuchar la voz de la serpiente,
que, con su dulce canto,
te ha desterrado a un mar de eterno llanto.

Ya el trabajo, la pena,
la enfermedad, la hambre, el aire y frío,
la tierra estéril, llena
de espinas, el rigor del seco estío
te cercan, y la muerte,
última línea de tu triste suerte.

Sale el PRÍNCIPE divino.

PRÍNCIPE. Poderoso Emperador

y mi soberano padre,
que de vuestro entendimiento
sapiéntísimo, admirable,
por la virtud de la esencia
existente me engendraste:
vos, increado Señor,
de quien soy divina imagen,
rayo, espejo y esplendor
de vuestra gloria inefable:
los Reyes que habéis criado
por el Dragón arrogante,
que de las luces del cielo
derribó la tercia parte,
encantados en la tierra
al pie de aquel árbol yacen,
donde los tiene la muerte
en su prisión miserable;
si os place, eterno Señor,
que yo a la tierra bajase
a probar esta aventura
en que a los dos desencante,
tan digna de un hijo vuestro,
pues una hazaña tan grande
solo puede hacerla un hijo
de tan soberano padre,
y satisfacer yo solo
a vuestra justicia; dadme
licencia, eterno Señor,
para que a la tierra baje
este ser divino mío
vestido de humana carne.
que yo os ofrezco mi vida
para que su muerte mate.

EMPERADOR. Mira, Príncipe divino,
que por un ingrato haces
hazaña tan amorosa.

PRÍNCIPE. El amor puede obligarme;
ya me aguardan en la tierra,
para servirme de nave,
de una soberana niña
las entrañas virginales;
ya, señor, las armas pido.

EMPERADOR. Tú las volverás en sangre
bañadas, tanto, que en verte
las luces del cielo espantes.
Por querer tanto a los Reyes
del mundo, aunque desleales

a mis divinos preceptos,
quiero a la tierra enviarte.
Bien tiene que agradecerme
en su estado miserable;
mi hijo les doy: no tengo
joya más rica que darles.
De tu persona y la mía
procede el amor que hace
estos lazos amorosos,
este que tan bueno y grande
por espiración emana
dos los dos, este suave
y santo espíritu, hará
obra tan alta e inefable.

Sale GABRIEL.

EMPERADOR. ¡Gabriel!

GABRIEL. ¡Señor!

EMPERADOR. Al momento

baja, esclareciendo el aire
con ejércitos de estrellas,
que tu persona acompañen
a Galilea, región
en cuyo distrito yace
la ciudad de Nazaret,
y darás de nuestra parte
a una Infanta que allí vive,
más bella y pura que un ángel,
desposada con José,
varón santo y venerable
de la casa de David,
nuevas de que luego parte
el Príncipe a sus entrañas,
donde quiere aposentarse
nuevo Mesías.

GABRIEL. Cielo y tierra
tu nombre divino alaben.

PRÍNCIPE. Yo parto en diciendo sí
aquella boca suave,
llena de gracia y dulzura.

EMPERADOR. Y Adán del encanto sale
en que la sierpe le puso.
pues para salvarle nace.

Acto segundo

Personas que hablan en él.

EL PECADO.
BATO.
LAURENCIO.
UN ÁNGEL.
PASCUAL.
UN MESONERO.
LA GRACIA.
SILVANA.
EL MUNDO.
JOSEF.
LA MUERTE.
LA VIRGEN.
LA SIERPE.
DELIA.

Sale la SIERPE.

SIERPE. No puede en competencia
entrar con mi poder el misino cielo
ni hacerme resistencia:
yo tengo el cetro universal del suelo:
toda la tierra es mía
de donde nace a donde muere el día.

Este León, que ha sido
símbolo siempre de Real grandeza,
muestra la que ha tenido,
y yo mi celestial naturaleza
en ser tan soberano
que no he sufrido imperio de hombre humano.

Por no dejar la planta
de aquella humanidad de Dios propuesta,
tuve soberbia tanta
y fue a mi entendimiento tan molesta
que aun la misma memoria
de ver que la perdí me causa gloria.

De allá truje conmigo
de las estrellas la tercera parte;

dicen que fue castigo
y de los que siguieron mi estandarte;
pero empresas tan bellas,
si no acaballas, basta acometellas.

Yo soy el solo sabio,
yo aquel querub, y plenitud de ciencia,
yo aquel de cuyo labio
pende toda celeste inteligencia,
porque nada ha perdido
quien no se vio jamás arrepentido.

Yo soy el cedro hermoso
a todos los del Líbano antepuesto,
que tengo al temeroso
linaje humano en mis prisiones puesto,
y a Dios tan parecido,
que tenemos el Reino dividido.

Sale el PECADO.

PECADO. Celebren mi victoria
el sucesivo curso de los años
con la eterna memoria
que ha de vivir de los primeros daños,
y de mi fama y nombre
en la posteridad del primer hombre.

Pecado mi apellido,
desobediencia soy, que a los preceptos
de Dios rebelde he sido;
todos están a mi valor sujetos,
porque en Adán pecaron
y el patrimonio mísero heredaron.

Cuando ambición de ciencia
me dio principio, grande fue mi gloria,
y cuando con violencia
di principio a la sangre y a la historia,
mi envidia fue de suerte,
que de mis armas se engendró la muerte.

Entró por mí en el mundo,
por mí que soy su causa, y ella efecto
de mi pecho iracundo,
que con mi libre voluntad sujeto
a mis propios agravios
Davides tantos, Salomones sabios.

Por mí cubrió la tierra
diluvio universal, hasta que puso
fin a la dura guerra
el arco hermoso cine la paz dispuso,

y el ave blanca altiva
que el pico de rubí ciñó de oliva.

Por mí tantas ciudades
fuego voraz sepulta, por mí solo
en tan largas edades
tantas historias hay de polo a polo,
que he vencido con ellas
los átomos del sol y las estrellas.

Sale la MUERTE.

MUERTE. A mi poder inmenso,
a mi nunca vencido señorío,
paga perpetuo censo
con el río a la mar, la fuente al río,
toda planta atrevida
que pise los umbrales de la vida.

Yo soy la muerte fiera,
y aquella fui que el edificio humano,
fábrica de quien era
autor el mismo Dios, con fuerte mano
derribé por el suelo
y su llama vital cubrí de hielo.

Mi valor ha podido
entrar con Dios en competencia osado,
que si él autor ha sido
del hombre, y de la nada le ha formado,
yo con mi fuerte pecho,
en nada vuelvo lo que Dios ha hecho.

Así traigo cautivo
al hombre miserable, así sujeto
a todo el sucesivo
linaje humano, y a ninguno excepto;
tanto, que si bajara
Dios a ser hombre, aún no le perdonara.

Guárdese Dios de serlo
como Abraham lo tiene prometido,
porque si acierta a verlo,
no diré yo que ha de quedar vencido,
pero será muy cierto
que en la parte mortal quedará muerto.

Tocan chirimías, y aparezca en lo alto la GRACIA divina.

GRACIA. ¿Qué blasonáis, villanos,
del Imperio del mundo reducido
a vuestras viles manos?

SIERPE. Cegado me has de luz.
PECADO. A mí rendido.
MUERTE. Con ser la Muerte, muero.
GRACIA. La Gracia soy.
PECADO. ¿Qué aguardo ya?
SIERPE. ¿Qué espero?
PECADO. Si la Gracia parece
de Dios al mundo, ¿qué he de hacer?
SIERPE. Pecado,
huye y desaparece.
PECADO. Si viene Dios, el Reino te ha quitado.
MUERTE. ¡Que el hombre se rescate!
SIERPE. Pues yo te digo, Muerte, que él lo mate.

Huyen.

GRACIA. En la más clara noche
que tuvo el lluvioso invierno,
mas no oscura ni cerrada,
porque está en la tierra el cielo;
cuando en los montes se miran
de Belén algunos fuegos
mostrándolos las tinieblas
más cerca mientras más lejos,
las vigilias de la noche
guardando en contornos de ellos,
cubiertos de blanca nieve
los pastores soñolientos;
mientras en altas ciudades
duerme el humano gobierno
porque el de Dios ha de estar
eternamente despierto;
mientras el pobre y el rico
duermen en bordados lechos,
el tino de estrellas claras
y el otro de oro y desvelos;
de la purísima Virgen
aquel esposo y espejo
que del Espíritu Santo
tuvo el oficio en el suelo,
a las puertas de las casas
está llamando y diciendo
palabras que piedras rompen
y no los humanos pechos.
Cielo, tierra, Angeles, hombres,
ya se acerca el santo tiempo
que quiere venir al mundo

aquel mayorazgo eterno.
Ya está en la nave María,
nave que trae desde lejos
aquel soberano pan
de cielo y tierra sustento.

Sale el MUNDO.

Albricias, Mundo.

MUNDO. ¿Quién eres?

¡Hola, tú! ¿Qué estás diciendo.
que viene Dios a la tierra?

GRACIA. La Gracia soy que aparezco,
Mundo. como ves, en ti.

MUNDO. Y qué ¿es cierto mi remedio?

GRACIA. En la mitad de esta noche
será Dios hombre en el suelo,
aunque ha nueve meses ya
que tiene limpio aposento
en el claustro de una niña
más pura y limpia que el cielo;
vuelve los ojos, verás,
Mundo, su esposo y su espejo,
y de los ojos de Dios
la niña por cuyo velo
mira tus lágrimas tristes.

MUNDO. Gracia santa, ya los veo;
voy a hacer que aquesta noche,
aunque lo defienda el hielo,
borden la escarcha las flores,
salgan los pimpollos tiernos
de las encogidas ramas
y de los montes soberbios
bajen los arroyos mansos,
líquido cristal vertiendo.

Haré que las fuentes manen
cándida leche, y los fresnos
pura miel, diluvios dulces
que aneguen nuestros deseos.
¡Oh, qué fiestas hará el Limbo,
donde los Padres primeros
Abraham, Jacob e Isaac,
David, su divino abuelo.
y cuantos profetas santos
con Elías y Eliseo
le aguardan!

GRACIA. Con justa causa

te alegras.

MUNDO. Todo me alegro
de ver cordero al León
y al mismo Dios niño tierno.

Vanse y salgan JOSEF y la VIRGEN.

JOSEF. No sé qué tenemos de hacer
hermosa Reina del cielo,
desamparados del hombre,
habiendo llegado a tiempo
que de él tenga el mismo Dios
necesidad, ¿qué consejo
tomaremos esta noche?

VIRGEN. Tened, esposo, consuelo;
que otras casas hay sin estas.

JOSEF. Mucho, Virgen, me enternezco
de veros así, ni es mucho
que llore Josef de veros
sin posada a tales horas,
y que al mismo Dios inmenso,
por cumplir leyes del mundo,
trate el mundo sin respeto.

El Presidente de Siria
hace este edicto: yo vengo
a registrarme a Belén.

VIRGEN. Este es mesón; llamaremos:
podrá ser que haya piedad.

JOSEF. ¡Ah de casa!

VIRGEN. Duerme el dueño.

El mesonero sale a la ventana.

MESONERO. ¿Quién llama, quién está ahí?

JOSEF. Gente de paz.

MESONERO. Llamad quedo;
aunque a puertas de mesón,
llama con tiento el discreto.

JOSEF. Abrid y dadme posada,
que ni cama ni aposento
os tengo yo de ocupar;
solo con mi esposa vengo.

Abrid, señor, que los dos
en un rincón estaremos,
mirad que viene preñada
y temo el rigor del hielo.

MESONERO. No deis golpes y hablad paso,

buen hombre; que están durmiendo
los huéspedes; id con Dios:
todo está ocupado y lleno.
Allí, al salir de Belén,
hallaréis un portalejo
donde podréis albergaros;
pienso que habrá paja y heno
de algunas bestias que allí
hay.

JOSEF. Dulce esposa, ¿qué haremos?

Que os cierra la puerta el mundo
siendo vos puerta del cielo.
Si Dios pudiera olvidarse,
dijérase: Niño tierno,
como vos tenéis posada,
no os duelen los padres vuestros.
Que en vuestras puras entrañas
no le hacen falta los techos
sembrados de serafines,
porque son más limpios que ellos.
Tened, divina Señora,
esos cabellos, que creo
que saldrá el sol con sus rayos,
con que ira a noche huyendo.

No lo digo yo por mí:
hombre soy, sufrirlo puedo;
de vos, soberana niña,
tengo justo sentimiento.

A fe que si a vuestro hijo,
Virgen, en mis brazos veo.
que le tengo de decir
que como pasa por esto,
y que ha de oír de Josef
mil quejas y mil requiebros.

Pero ¿quién se quejaría
si a Dios estuviese viendo?
Las quejas son imposibles,
los requiebros serán ciertos;
que es mi padre, aunque es mi hijo:
mi Dios, aunque le sustento.

VIRGEN. Si vivieran en Belén
los reyes nuestros abuelos,
no nos faltara posada,
que aquí comenzó su reino.
David, vuestro antecesor,
aquí tuvo origen.

JOSEF. Creo,

María, que nuestros pasos
no habrán sido sin misterios;
reyes nos han precedido:
muchos son los que tenemos
desde Abraham y David
en el Real linaje nuestro.
Mas como pasaron ya
sus coronas y sus cetros
en un carpintero pobre,
nadie me quiere por deudo.
VIRGEN. Entrad, que aqueste portal,
Josef, nos dará consuelo,
al cielo envidia, a los hombres
vida.
JOSEF. Vos sois su remedio.
En Belén, casa de pan,
nacerá el pan verdadero,
que es de los ángeles gloria
y de los hombres sustento.

Cantan dentro:

Josef, divino maestro,
¿qué más gloria para vos
que un hijo que tiene Dios
tenelle el mundo por vuestro?

Vanse y Sale LAURENCIO.

LAURENCIO. Echa por acá, Pascual;
Bato, corta esos renuevos,
¡hase visto noche igual!
Hasta los verdes acebos
cubre de blanco cristal.
Mira cual relampaguean
las estrellas; corta, acaba,
y los más enjutos sean.

Sale DELIA, pastora, con un gabán y metida la capilla, y las manos en las mangas.

DELIA. ¡Eh, Dios, qué noche tan brava!
Estas dicen que desean
en las cortes los señores
que duermen ensabanados
entre algodones y olores.
Verá cuál están los prados;
¡ay de los negros pastores!

Yo tiritito, muerta estoy!

LAURENCIO. ¡Hola, Bato! ¿acabas ya?

DELIA. Hacia la cabaña voy

de Laurencio, cerca está;

patadas por pasos doy:

envidia tengo a mi hermana

que anteayer se caso.

LAURENCIO. ¿Si es esta Delia o Silvana?

DELIA. Ya no puedo pensar yo

vivir hasta la mañana.

Las manos tengo ateridas;

¡ay de las cabras paridas

y de las tristes ovejas!

Pero de buenas pellejas

las tiene el cielo vestidas.

No sé cómo con fríos tales

las varas pueden tener

en las ciudades reales

los jueces, ni ejercer

su oficio los oficiales.

¿Es Laurencio?

LAURENCIO. ¿Es Delia?

DELIA. Sí.

LAURENCIO. ¿A dónde vas por aquí?

DELIA. A buscar alguna hoguera,

porque ya es la Citia fiera

mi cabaña para mí.

LAURENCIO. Allí he, guardado un tizón

conservado en las cenizas

que cuerpo del fuego son:

Allí estará.

DELIA. Si le atizas,

haz cuenta que soy carbón.

LAURENCIO. A Bato estoy aguardando,

que está del monte cortando

algunos ganchos ya secos.

DELIA. Por allá suenan los ecos.

LAURENCIO. Del monte baja cantando.

BATO, rústico, sale.

BATO. Si el pan se me acaba, ¿qué comeré?

Sol, sol, fa, mi, re;

si se acaba el que me dan,

¿dónde hallaré pan suave

Mas dicen que presto un ave

nos ha de dar carne y pan.

Pues que va ha nacido Juan,
venga el divino cordero,
a cuyo pan verdadero.
como a mi sol le diré:
sol, sol, fa, mi, re;
si el pan se me acaba, ¿qué comeré?
Sol, sol, fa, mi, re.

LAURENCIO. Con lindo relente vienes:
suelta el instrumento, acaba.

BATO. ¿Qué es de la hambre que tienes?

DELIA. La leña solo faltaba.

BATO. Enciende, ¿qué te detienes?

Que estos acebuches broncos
me dieron algunos troncos,
que no arranqué los escobos
con el temor de los lobos,
de fieros aullidos ronc.

LAURENCIO. ¿No cupo a Elicio y Pascual
la vigilia de esta noche?

BATO. ¡Pardiez, que lo pasen mal
hasta que el dorado coche
rompa el balcón oriental!

DELIA. ¿Adónde tenéis los perros?

BATO. Ya por los más altos cerros
forman en la nieve estampas.

DELIA. Ellos caerán en las trampas:
mueran a piedras y hierros.

BATO. ¡Voto al sol, que mi cachorro.
que nació por la vendimia,
es famoso; si los corro,
carlanca de ante y de alquimia
es extremado socorro!

DELIA. Deja ahora la carlanca:
sopla ese tizón.

LAURENCIO. Ya quiero
cortar pan con mano franca
sobre el fregado caldero,
en leche cándida y blanca.

BATO. Mientras tú la desmigajas
soplaré, Delia, las pajas,
mas no te pongas detrás.

LAURENCIO. Está bueno.

DELIA. No echas más.

BATO. Al aire doy las ventajas.

Entren SILVANA, PASCAL y otro PASTOR, cantando.

Velador que el castillo velas,
vélale bien y mira por ti,
que velando en él me perdí.

Mira, velador Adán,
que andan en el monte lobos,
puesto que ya de sus robos
dicen que remedio os dan.
Mas tan hambrientos están.
que os han de hacer mil cautelas;
poned al ganado velas,
tomad escarmiento en mí.
que velando en él me perdí.
velador, cte.

LAURENCIO. ¿Buenos, a la fe, venís?

BATO. ¡Qué famosos veladores!

PASCUAL. Buenas noches.

BATO. Bien decís,
si son buenas las mayores.

SILVANA. Delia, ¿coméis o dormís?

DELIA. Uno y otro, aunque a la fe,
que no me dejaste frío:
tiemblo del cabello al pie.

SILVANA. Cuando tú pierdes el brío,
¿quién hay que seguro esté?

Esta noche a mí, Pascual.
la vela nos cupo.

DELIA. El hielo
te hará el rostro de cristal.

LAURENCIO. Sentaos por aquese suelo,
pues no hay vela en noche igual.

¿Qué lobo queréis que salga
de su oscurísimo albergue,
aunque de esta luz se valga?

BATO. Nunca ese animal se yergue.
Laurencio, en la noche hidalga.

En estas sustento busca,
y en los tizones del fuego
hasta el hocico chamusca.
Las claras pasa en sosiego,
y en las oscuras se ofusca;
pero por si aquí se embosca.
dormid, que yo velaré.

PASCUAL. No daré mi capa tosca
por la del Rey.

BATO. Meteré
la leche y la media rosca.

PASCUAL. Yo ya estoy medio dormido;

mira que veles muy bien.
SILVANA. Y yo lo mismo te pido.
BATO. Ya todos, sueño, se ven
sepultados en tu olvido;
 ea, que para velar
me importa comer muy bien;
migaja no ha de quedar;
sorber y comer también.

Echase en la leche.

En él me quiero estampar.
 La panza a mi gusto he puesto,
pues para remedio de esto
las voces son las mejores.
¡Hola, pastores, pastores!
LAURENCIO. ¿Qué es aquesto?
BATO. Al lobo presto.
PASCUAL. ¿Por dónde va?
DELIA. ¡Ay de mí!
SILVANA. ¿Qué haremos?
 No le alcanzaremos ya.
DELIA. Huye, Silvana.
BATO. ¡Qué extremos!
SILVANA. Cerca mi cabaña está.
PASCUAL. ¡To, Barcino; to, Melampo!
BATO. Hele donde sale al campo.
PASCUAL. Pon una piedra en la honda.
LAURENCIO. Yo haré que el valle responda,
 si en la frente se la estampo.

Vanse todos.

BATO. Ya he comido, y he quedado
con fama de velador:
solo el vino me ha faltado;
desviar será mejor
fuego y caldero del prado:
pero ya vuelven aquí.

Salen PASCUAL y LAURENCIO.

PASCUAL. Bato, sin duda, se engaña,
pues apenas ladrar vi
perro en toda la montaña.
BATO. ¿Cómo que no? Pues yo sí.
LAURENCIO. Delia y Silvana se fueron

con el miedo que tuvieron.

PASCUAL. Pues si ya las dos se han ido,
a las migas me convido.

BATO. También las migas se huyeron.

LAURENCIO. ¿Cómo?

BATO. En yendo por allá,
volvió el lobo por acá,
yo, por ir tras él ligero,
de hocicos en el caldero
caigo.

PASCUAL. ¡Miren cuál está!

LAURENCIO. ¿Mas que él se las ha comido?

BATO. ¿Yo?

LAURENCIO. ¿Pues quién?

PASCUAL. La burla ha sido
como de tu ingenio rudo.

LAURENCIO. Mayor hacérmela pudo,
pues en efecto he dormido;
pero porque frío siento
yo quiero zapatear.

BATO. Y yo tocar mi instrumento.

PASCUAL. Bato, si le has de tocar,
la flauta es divino acento,
que esos instrumentos son

mejores para ciudades;

hazme con la flauta el son.

BATO. La verdad, me persuades,
mas falta en esta ocasión.

PASCUAL. No falta, que yo la tengo
en el zurrón.

BATO. Muestra a ver.

PASCUAL. Toma, que ya me prevengo.

BATO. ¿Qué son me mandas hacer?

PASCUAL. Famosamente me vengo.
Toca el Villano.

BATO. Ya va.

Sopla la flauta y sale cisco molido, que le pone toda la cara negra.

LAURENCIO. Ya sueno las castañuelas.

BATO. ¡Ay!

LAURENCIO. ¿Qué es eso?

PASCUAL. ¡Bueno está!

BATO. Hasta en flautas hay cautela:
no puede soplarse ya.

LAURENCIO. Quedo, ¿qué extrañas canciones
van cantando aquellas aves?

PASCUAL. ¿Son águilas o pavones?

BATO. Notables voces.

PASCUAL. Suaves;

y por extrañas regiones
que son sirenas recelo,
si como las cubre el mar
tiene sirenas el cielo

LAURENCIO. Sirena se ha de llamar
la que serena su velo;
todo el suelo reverdece.

BATO. Todo se alegra y florece,
las avejuelas se gozan,
los cabritillos retozan,
y a media noche amanece.

PASCUAL. Alfombras se vuelve el hielo
de florido terciopelo.

¡Qué visión tan peregrina!

BATO. Cegóme su luz divina.

PASCUAL. Echate, Bato, en el suelo.

El ÁNGEL, en una nube o tramoya, en alto, y una voz sola cante:

Pues que ya cesó la guerra
y Dios Hombre nace al hielo,
cantemos la gloria al cielo,
la paz al hombre en la tierra.

ÁNGEL. Pastores de estas montañas,
buenas nuevas, alegrías;
dejad a las voces más
vuestras humildes cabañas.

Cierto mensajero he sido,
pastores; Cristo ha nacido;
id a buscarle a Belén,
donde hallaréis todo el bien
a un pesebre reducido.

Id a ver su Madre bella
y a todo el cielo, adorando
al Sol que nace temblando
en los brazos de una Estrella.

BATO. Levanta, Pascual, de ahí;
¿qué haces durmiendo?

PASCUAL. ¡Ay, cielo!

¿Qué voces ha dado el Sol?

LAURENCIO. ¿Era el Sol?

PASCUAL. Que era el Sol pienso,
porque hablaba por sus rayos
o por la esfera del fuego,

coronado de más oro
y con más rubios cabellos.

BATO. A la fe que no era el Sol,
ni en cuantos libros hebreos,
asirios ni babilonios
hoy tiene el mundo compuestos,
se hallará que hablase el Sol.

PASCUAL. Que se detuvo es muy cierto
cuando venció Josué.

BATO. Mas ¿qué pudo ser? Que tengo
el alma toda turbada
y confuso el pensamiento.

PASCUAL. Un ave me pareció,
que con soberano vuelo
vencían sus plumas de oro
del pavón los ojos bellos.

BATO. ¿Las, aves hablan?

PASCUAL. ¿Pues no?

BATO. ¿Y quién las enseña?:

PASCUAL. El cielo,
porque dan, cantando el alba,
gracias a su Autor eterno.

BATO. Yo lo he pensado mejor,
y sin duda aquel mancebo
era de las bellas aves
que contaban mis abuelos,
que en el soberano trono
de zafir, de electro y fuego,
al gran Dios de las batallas
cantan con divino acento:
«¡Santo! ¡Santo!», y les responden
las Virtudes de los cielos.

Concuerta con sus palabras
el hábito, que era un velo
blanco, bordado de estrellas,
y el rubio cabello suelto.

Por la túnica Farís
los blancos pies descubiertos,
los contornos de diamantes,
con mil lazadas en ellos.

Las Sibilas y Profetas
lo que él dijo prometieron
en tantos sí, los, que el mundo
está pidiendo remedio.

Si dicen que ha de nacer
Dios-hombre, sin duda creo
que hoy cumple Dios su palabra,

más firme que el firmamento.
Dióla a Abraham, a Jacob,
y a David, en cuyo reino
prometió la sucesión
de aquel esperado centro.
Si al Justo llueven las nubes
y al blando rocío el cielo;
si en Belén, casa de pan,
ha nacido el trigo nuevo;
si no lla de ser la menor;
si de ellas sale el imperio
de aquel Capitán famoso
que ha de gobernar su pueblo;
si ha llegado ya la edad
en que el demonio soberbio
pierda el imperio del mundo
y esté el pecado sujeto,
si la muerte ha de vencer
este Capitán muriendo;
si ha de reparar la vida
quedando en él campo muerto,
¿en qué os detenéis pastores?
¿Por qué no vamos, qué hacemos,
a ver a Dios en la tierra?

PASCUAL. Bien dice Bato, Laurencio;
sin duda es Dios este Infante,
este Sol temblando al hielo.

LAURENCIO. En lo cierto estáis los dos:
Dios nació, sin duda es cierto.
Vamos a verle, pastores,
y mil presentes llevemos,
coronando el portal pobre
de laureles y de acebos.

¿Qué llevarás tú, Pascual?

PASCUAL. Leche y miel, porque sabemos
que ha de reprobar lo malo
y que ha de elegir lo bueno.

BATO. Yo un cordero.

PASCUAL. Bien harás.

pues ya el león es cordero.

¿Tú, Laurencio?

LAURENCIO. El corazón,
porque es lo mejor que tengo,
y es en las aras de Dios
el más oloroso incienso.

Acto tercero

Personas que hablan en él

LISENA.
PASCUAL.
DELIA.
JOSEF.
SILVANA.
MARÍA.
LAURENCIO.
BALTASAR.
RISELO
MELCHOR.
GINÉS.
GASPAR.
BATO.
MÚSICOS.

Salen LISENA, pastora, DELIA y SILVANA.

LISENA. A las cosas que contáis
el cielo estará suspenso:
en corto espacio al inmenso
al incomprendible dais
lugar donde quepa.

DELIA. Sí,
pues cupo en el vientre santo
de una Virgen que obró tanto
con fe y humildad.

SILVANA. Yo vi,
Lisena, en tan breve espacio
como un pesebre pequeño,
de la tierra y cielo al dueño
divino.

LISENA. Extraño palacio
eligió para nacer
en ese pobre portal.

DELIA. Su resplandor celestial
luego le diera a entender

quién era el que estaba allí.

LISENA. ¡Que con vosotros no fuera
y ese zagalejo viera
que nace al hielo por mí!

No dudéis: de mi ganado
diera el cordero mejor,
por ver de esa Virgen flor
el dulce Fruto esperado.

Laurencio, bien entendido
del libro de los Profetas,
contaba cosas discretas
de este Dios y hombre nacido:

mayormente de Isaías.

¿Y cómo su madre está?

DELIA. Como el cielo que hoy nos da
con tal sol tan buenos días;

querer pintar su retrato
es menester para él
que tome Dios el pincel.

LISENA. ¡Que no fuera yo con Bato,
con Pascual y con Laurencio!

DELIA. Si hay algo más que María,
solo es Dios, porque este día
más la encarece el silencio.

Si todo lo que no es Dios
es menos que vos, Señora,
soy yo muy ruda pastora,
Virgen, para hablar en vos.

SILVANA. Dice Delia la verdad:
callar es mejor; disponte,
Lisena, a dejar el monte;
parte a la santa ciudad,
donde verás la belleza
de la Madre de su Padre.

DELIA. De ver la Virgen y Madre
se admira naturaleza.

Yo te digo que es persona
que la sirve de chapín
la luna, y que tiene, en fin,
al mismo sol por corona.

Pues hablar en el rapaz
no hay en los cielos estrellas,
en la tierra flores bellas,
ni en el mar duro coral.

A todas hace ventajas:
allí está recién nacido
como pajarillo en nido

entre las plumas y pajas.
A la fe, mi delantal
de lástima le dejé.

Salen BATO, PASCUAL, LAURENCIO, GINÉS y otros pastores.

BATO. Digo, que conmigo fue
Laurencio y también Pascual,
y que han visto lo que vi.

GINÉS. De envidia me estoy muriendo.

PASCUAL. ¿Delia está aquí?

DELIA. Estoy diciendo
que a Belén con los dos fui,
y Lisena, deseosa,
ir quiere a verle también.

LAURENCIO. Ya no es la menor Belén,
ciudad de David dichosa
en la tribu de Judá.

PASCUAL. A la fe, bella Lisena,
que con razón tienes pena
de no haber estado allá.

Contando vengo a Ginés,
que de envidia muerto viene,
la gloria que Belén tiene.

GINÉS. Besaros quieren los pies
las flores de aquestos prados,
y bien podrán los pastores.

BATO. ¡Oh qué muchacho de flores
hecho de lirios dorados!

¡Voto a mi sayo, Ginés,
que me retoza la risa
de acordarme con qué prisa
iba a besarle los pies!

Pero díjome Pascual:
tente, y descálzate presto,
que Dios dijo a Moisés esto:
allá zarza, aquí portal.

Turbado entonces, no sé
en qué tropecé, que allí
con la cara en el buey di
y la nariz me quebré.

GINÉS. ¿Quién pudiera sino tú
hacer eso junto al Rey?

BATO. Perdone, le dije al buey.

GINÉS. Y el buey, ¿qué te dijo?

BATO. Mu.

GINÉS. Pastores, tanta alegría

celébrese de mil modos:
cantad y bailad, que a todos
alcanza el bien de este día.

Yo me prefiero a poner
del monte por partes varias.
esta noche luminarias
que en Belén se puedan ver.

Ea, vaya un baile, un juego,
una alabanza que cuadre
con tal hijo y con tal madre.

PASCUAL. Por mí, Ginés, vaya luego.

LAURENCIO. Siéntense todos aquí.

BATO. ¿Y al que errare?

LAURENCIO. Penitencia.

GINÉS. Diré con vuestra licencia
el juego.

SILVANA. Sí.

GINÉS. Diga.

DELIA. Di.

GINÉS. Jesús viene a ser soldado,
aunque capitán nació;
él está desnudo.

DELIA. Y yo
le vi vestir de encarnado;
doyle la misma color.

GINÉS. Al color sentido dad.

DELIA. Significa humanidad.

LAURENCIO. Yo le vi lleno de amor,
y le visto de morado.

SILVANA. Yo, que le vi los cabellos,
más que el sol y el oro bellos,
le vestiré de dorado.

GINÉS. ¿Qué significa?

SILVANA. El poder.

PASCUAL. Yo de azul rico vestido
para Dios celoso ha sido:
bien se le puede poner.

BATO. ¿Dios celoso?

PASCUAL. Y muy celoso,
que él mismo lo dice así.

¿Dios no es amante?

BATO. Dios, sí.

PASCUAL. Pues ser celoso es forzoso,
y cuanto es su amor mayor,
claro está que lo ha de ser,
más celos ha de tener.

BATO. Bendiga el cielo su amor.

LISENA. Yo le visto verde al fin:
tengo de verle esperanza,
aunque quien a verle alcanza
ha de ver un fin sin fin.

BATO. Yo de blanco vestir quiero
este divino galán
que nace en casa de pan,
y eso mesmo considero.

GINÉS. Será pan vivo del cielo.

BATO. Pues blanco le quiero dar.

GINÉS. ¿Va de juego?

DELIA. Pues callar.

GINÉS. Hoy en encarnado velo
viene este niño, soldado.

DELIA. Humanidad.

GINÉS. Por el hombre
viste su divino nombre
de humanidad.

DELIA. Encarnado.

GINÉS. Encarnado y blanco llama
la esposa a este Rey galán.

DELIA. Humanidad.

BATO. Pan.

GINÉS. Y es pan
del cielo.

BATO. Blanco.

GINÉS. Han casado
de una Virgen celestial
en sus divinas entrañas,
de sus grandezas extrañas,
y de su poder.

SILVANA. Dorado.

GINÉS. Dorados palacios deja.

SILVANA. Poder.

GINÉS. De sus altos cielos
azules.

PASCUAL. Celos.

GINÉS. De celos
del hombre, aunque es Dios, se queja.

PASCUAL. Azul.

BATO. Verde.

GINÉS. Bato erró.

GINÉS. Mi color dijo.

LISENA. Una prenda.

BATO. Vela aquí: no tengo hacienda
en comenzando a errar yo.

SILVANA. Denle penitencia luego.

GINÉS. Pues consiento que Lisena
le haga una mamona buena.
BATO. Quedo, por Dios.
LISENA. Quedo llego,
séllala, Delia.
DELIA. Ya voy,.
BATO. La nariz me habéis rompido.
DELIA. Pues Bato, estar advertido.
GINÉS. Prosigo.
BATO. Un jumento soy.
GINÉS. El soldado de morado.
LAURENCIO. Morado.
GINÉS. A la guerra viene
tan niño, que apenas tiene
fuerzas el hombro sagrado
para llevar la bandera
morada.
BATO. Amor.
GINÉS. De su santa
sangre.
BATO. Amarillo.
GINÉS. Ya espanta
tu descuido.
DELIA. Pague.
BATO. Espera.
LISENA. No hay que esperar, porque aquí
nadie amarillo tomó.
DELIA. Doyle penitencia yo.
GINÉS. Dásela, Delia, por mí.
DELIA. Pues de los dos aladares
tres veces le he de tirar.
BATO. ¡Ay, ay!
DELIA. Es de buen quejar.
BATO. Para, por Dios.
DELIA. No repares
en niñerías.
BATO. ¿Aquestas
niñerías? Si con ellas
me has hecho ver las estrellas,
y levantado dos crestas.
Si otra vez, Ginés, encaja
este juego, he de decir,
pastores, que he de venir...
GINÉS. ¿Cómo?
BATO. Rapado a navaja.
LAURENCIO. Prosigue el juego, Ginés.
GINÉS. Cumplió el divino soldado

la esperanza.

LISENA. Verde.

GINÉS. Y dado

al mundo, como le ves,

Vistió a la tierra de verde;

erró, que no respondió

esperanza.

BATO. Pague.

LISENA. ¿Yo?

BATO. No, sino el alba.

GINÉS. Quien pierde,

Lisena, paga; perdona.

LISENA. Después.

BATO. ¡Lindo proceder!

Paciencia, porque ha de haber

aladares y mamona.

LISENA. Daré prenda.

GINÉS. Basta así.

ELISENA. Bato, procede galán:

si penitencia me dan,

recíbela tú por mí.

BATO. Un toro que la reciba;

yerras tú y lo pague yo;

mas desde que Adán pagó,

la costumbre se deriva,

porque si advertirlo quieres,

andan trocados los nombres,

pues siempre pagan los hombres

lo que yerran las mujeres.

GINÉS. Finalmente; este soldado

bajó del cielo.

BATO. Azul, celos;

verde, blanco, negro, cielos;

rojo, amarillo, encarnado,

humanidad, esperanza;

poder, dorado, turquí;

veamos si acierto así.

DELIA. Loco está.

PASCUAL. Perdón alcanza.

BATO. Con esto me satisfago;

dadme penas de mil modos,

que quiero hablallo por todos,

pues que por todos lo pago.

Sale RISELO.

RISELO. ¿Qué hacéis, pastores, aquí,

cuando animales y aves
parece que a los caminos
a ver maravillas salen?
Levantaos, levantaos presto,
venid corriendo, que el valle
atraviesan con su gente
tres Reyes de varias partes.
La fama dice que vienen
de Saba, de Egipto y Tarsis:
a lo menos bien lo muestran
en los diferentes trajes;
trae el muy viejo una ropa
egipcia, con alamares
de perlas; las blancas sienes
ciñe un bordado turbante.
Mil gitanos y gitanas
le acompañan, cuyos bailes
dan al monte alegres ecos,
que les responde en mil partes.
El otro, de grana fina
la talar túnica trae,
que siembran granadas de oro,
y son los granos diamantes.
El tercero es negro, y creo
que si quisiera embozarse,
el sol tomara por sombra
negro de tan lindo talle.
Cubren el lustroso cuello
aljófares y corales,
y en filigranas sutiles,
sartas de rubíes, granates.
Los negros que por grandeza
vienen danzando delante,
alegran los verdes bosques,
dan alma a los mudos valles.
Lo que en recámaras viene
de camellos y elefantes,
no hay ingenio que lo diga;
pero aseguraros baste,
que toda aquesta grandeza
viene a Belén a postrarse
al pie de un desnudo Niño
que entre humildes pajas yace.
Venid, venid y veréis
maravillas que os espanten,
milagros que os enmudezcan,
y a Dios con madre y sin padre.

VIRGEN. Descansad, amor mío,
puesto que en esa estrecha, en pobre cuna,
al aire, al hielo, al frío.

JOSEF. Virgen a cuyos pies la blanca Luna
se postra, entrad os ruego,
que si vos le cantáis dormirá luego.

Entrense, y salgan músicos de gitanos y detrás el primer REY.

BALTASAR. Paróse la estrella ya:
ésta sin duda es la casa
a donde está nuestro Rey;
canta una canción Leonarda.

A la clavelina,
a la perla fina,
a la Aurora santa,
que el Sol se levanta.

Clavellina hermosa,
perla de los cielos,
rocío divino,
soberano Verbo.

Gusto que las nubes
a la tierra dieron
sobre el vellocino
más puro que el cielo.

Vuestra Madre Aurora;
día tan sereno
a la tierra ha dado,
que os está diciendo,
puesto que en el hielo
de noche tan fría,
a la clavelina,
a la perla fina,
a la Aurora santa,
que el Sol se levanta.

Salen BATO, GINÉS y LAURENCIO.

LAURENCIO. ¿Dónde quedan los demás?

BATO. Atrás se queda Silvana
con Delia.

LAURENCIO. Aqueste es el Rey;

BATO. Linda persona.

LAURENCIO. Gallarda.

BATO. ¿Este comerá?

LAURENCIO. ¿Pues no?

BATO. ¿Qué come un rey, oro o plata?

GINÉS. Lo que comen los demás.

BATO. ¡Válgame Dios!

LAURENCIO. Oíd, que cantan.

Cantan.

Reina de los cielos,
divina Señora,
a fe que habéis dado
al mundo limosna,
que andaba gitano
fuera de la gloria,
con esa moneda.
Pues que vale sola
cuanto vale Dios.
Mirad si atesora
la ventura toda
que la tierra aguarda;
a la Aurora santa,
que el Sol se levanta,
a la clavelina.

Entrase el REY con su música y queden los pastores.

LAURENCIO. ¡Con qué notable alegría,
con qué fe, con qué esperanza
al santo portal caminan!

BATO. Toda se me alegra el alma,
cuando Juanico nació
de Isabel, esas montañas
saltaron como corderos
y hubo en ellas fiestas varias.

¡Oh, qué comida, torrijas!
¡Pardiez, que entonces andaba
rodando el cabrito, el vino!
Pero todo aquello es nada
respecto de esta alegría.

GINÉS. Nace Dios, y nuestra humana
carne se viste. ¿no quieres
que haya diferencia tanta?

BATO. ¿Cómo nace con pobreza?

LAURENCIO. Porque grandeza tan alta
se quiso humillar así.

BATO. Los cielos, Ginés, me espantan,
¿era mucho que esta noche
dieran turrón y castañas?
¿No llovieron codornices
para aquella gente ingrata
que del maná tuvo hastío?

GINÉS. ¿No te parece que hasta
esta alcorza, este pan vivo,
que hoy para los hombres baja?

Sale una danza de negros y los dos REYES.

MELCHOR. Donde la estrella paró
entró Baltasar.

GINÉS. La casa
debe de ser esta cueva.

MELCHOR. ¡Hola! Prevenid las cajas.

GASPAR. Deseo llevo de ver
esta soberana Infanta.

NEGRO. Canta, Pascual.

MÚSICOS. Cante uno.

NEGRO. Toca, Plinio.

MÚSICOS. Toca y vaya.

Neglo de Santo Tomé,
a lo Niño del portatico
cantemo, danzemo, bailemo, a la fe;
galumpé, galumpé, galumpico
he, he, he, blanca la cara me deja lo pie.

Los REYES se entren.

Toca, neglo, lo pandelo
a lo Niño y Dioso mío,
que está temblando de frío,
siendo la lumbre del cielo;
toca, Blas, lo morteruelo,
pues ayúdeme Flastico.
galumpé. galumpé, galumpico,
galumpé, etc.

Toro branco quemaremo,
si lo branco pie besamo,
lo que por Adán tiznamo
con su nieve lavaremo,
guarda que no te tiznemo
no puede que es Dios el chico;
galumpé, etc.

Cordero de tal grandeza
está sin lana en lo hielo.
yo piensa en mi terciopelo
envolver tanta pobreza,
bayeta de mi cabeza
daré lana al corderico,
galumpé, galumpé, etc.

Descúbrase el portal, JOSEF y la VIRGEN con el Niño en las manos, el rey BALTASAR de rodillas, besándole el pie, los otros dos a los lados como pinta la tabla de los REYES.

VIRGEN. El mismo Dios que adoráis,
que es la verdadera paga,
os la dará en aquel Reino
de paz.

BALTASAR. Reina soberana,
dichosos los que hoy merecen
verle en carne mortal.

MARÍA. Basta
para confirmar la fe
de tan gloriosa esperanza.

BATO. ¿No es bello el Niño?

LAURENCIO. Es tan bello,
Bato, que me vienen ganas
de atrever mi boca indigna
a sus pies de nieve y nácar.

GINÉS. ¿Hay más gloria que mirar?

BATO. Parece que aquí se acaba...

LAURENCIO. La historia, Bato, a lo menos,
porque perdonéis las faltas.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

